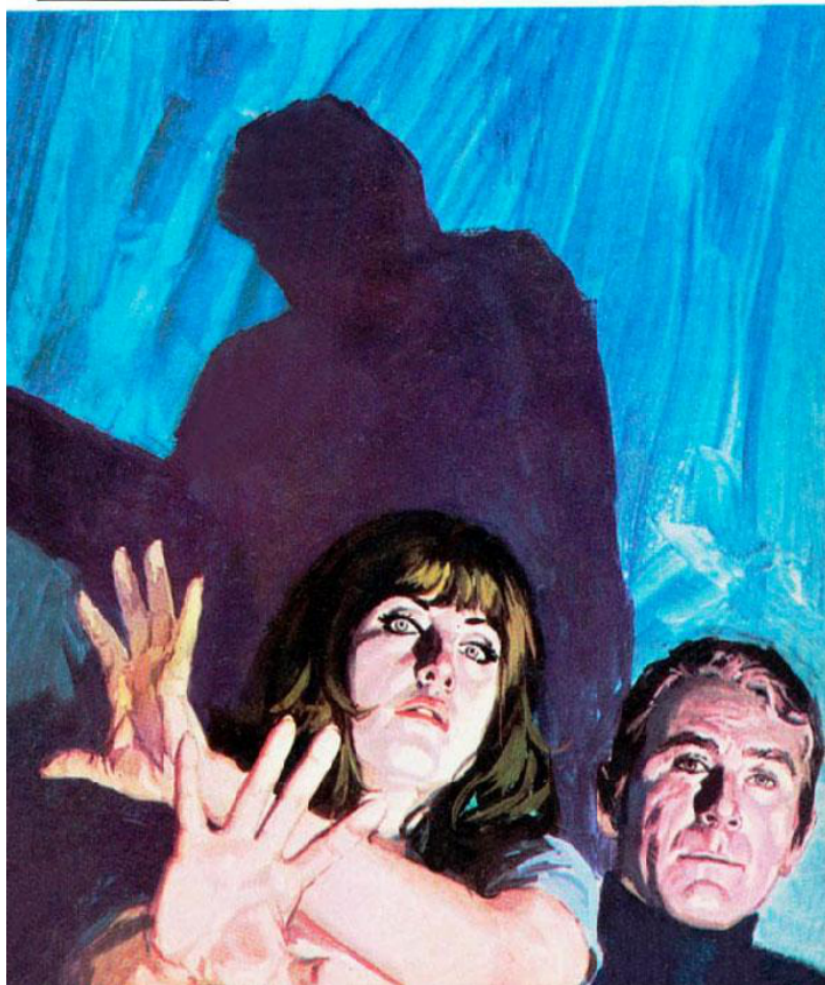




doce estrellas de sangre

clark carrados



COLECCION

PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

DOCE ESTRELLAS DE SANGRE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 470

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Dépósito legal: B 6.056 - 1971

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: abril, 1971

© CLARK CARRADOS, 1971
sobre la parte literaria

© JORGE SAMPER, 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.208 — Puente sobre la sangre.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.063 — El cuarteto de la muerte.

En Colección BUFALO:

890 — Águila con pistolas.

En Colección CALIFORNIA:

755 — Río de pasión.

En Colección COLORADO:

703 — Pie silencioso.

En Colección KANSAS:

657 — El cañonero.

En Colección BRAVO OESTE:

526 — Bancarrota a tiros.

En Colección PUNTO ROJO:

465 — Escalera hacia la muerte.

En Colección SALVAJE TEXAS:

766 — Piratas de tierra adentro.

En Colección ASES DEL OESTE:

453 — Se vende una pistola:

En Colección BISONTE, SERIE AZUL:

16 — Socio de armas tomar.

CAPÍTULO PRIMERO

El silencio era absoluto.

Mavis Effory, después de un día de intenso trabajo, se sentía fatigada, más de mente que de cuerpo. Una vez se hubo desvestido y puesto un camisón, se metió en la cama, disponiéndose a pasar la noche en un sueño.

Apagó la luz y contempló durante unos momentos el paisaje que se veía a través de la ventana, iluminado por la luz de la luna. Los objetos tomaban contornos fantásticos, a veces, sobre todo, el gigantesco álamo que crecía frente a la casa, un poco desviado de la perpendicular correspondiente a la puerta delantera.

Mavis pensó que era una noche ideal para las salidas de los vampiros y demás entes fantasmagóricos, creados por la fantasía popular. Luego se rió de sí misma y de sus ligeras aprensiones. En Farndone no podía haber vampiros, fantasmas ni cosa que se le pareciese.

Aunque tal vez, en aquella residencia que había alquilado para una temporada de tres meses...

¿Qué le dijeron cuando la alquiló? ¿No hablaron del misterioso asesinato de un tal lord Leeray, uno de sus antiguos propietarios? Pero ella, ocupada su mente con otras cosas, en aquellos momentos, no había prestado demasiada atención a los comentarios y había firmado sin vacilar el contrato de alquiler.

Además, Farndone era una ciudad pequeña, limpia, pulcra, con unos alrededores encantadores y un río magnífico, no sólo por los excelentes paisajes de sus riberas, sino por las abundantes y succulentas truchas que los pescadores solían capturar en sus cristalinas aguas.

Ello excluía, por tanto, cualquier idea de fantasmas, tragos, brujas, apariciones y vampiros. Aunque, si bien se miraba, su residencia, Leeray Tower, quedaba un poco apartada y algo a

trasmano del pueblo, al que una roma colina de poca elevación ocultaba la vista por completo.

Pero Mavis tenía derecho a ser valiente. Era joven y robusta y de mente sana. Comía con magnífico apetito y pusiera lo que pusiera en su estómago, su talle no engrosaba un solo centímetro.

Lentamente, empezó a dormirse. Una dulce somnolencia la invadió y, a los pocos momentos, había conciliado el sueño que debía durar hasta el amanecer.

Pasaron algunas horas. De pronto, algo despertó a Mavis.

Arriba, en el piso superior, se escuchaban unos ruidos extraños.

Eran ruidos de pasos rápidos, que iban y venían por una de las estancias que ella, no teniendo intención de usar, apenas si había entrevisto en la protocolaria visita hecha al caserón en el momento de su llegada a Farndone.

Los pies, a veces, rozaban con fuerza el terreno. Se oían también toses sofocadas, gruñidos y hasta algún ininteligible juramento que otro.

Mavis se sentó en la cama y miró hacia el techo. Pero ¿no habían quedado que ella sería la única ocupante de Leeray Tower durante los tres meses contratados?

De pronto, se oyó un débil quejido, un raro gorgoteo y, después, el golpe de un cuerpo al caer al suelo.

Volvió el silencio.

Mavis sintió frío. ¿Qué había ocurrido en las habitaciones de arriba?

¿Un asesinato?

Trató de recordar. Creía haber oído que todos los años, en el aniversario de su muerte, se reproducía por los fantasmas el asesinato de lord Leeray. ¿Era aquel día el correspondiente a tal fecha?

El silencio tranquilizó a Mavis. No había habido reproducción del crimen. Sólo ruidos naturales en una casa vieja y largamente deshabitada. «Estaba acabándose la primavera, llegaba el verano y las casas viejas, pensó, acusan los cambios de temperatura, por dilataciones en algunos de sus elementos de su estructura».

Estas dilataciones eran lo que habían causado los ruidos y no otra cosa, dedujo fácilmente. Y, calmada al fin, volvió a dormirse.

Un rato más tarde, la despertó otro ruido.

¡Tchap!

Mavis estaba arrebujaada en el lecho y oyó el ruidito como si llegase de gran distancia.

«Vaya, lo que faltaba ahora, ¡está lloviendo y hay una gotera!, pensó, todavía adormilada».

El ruido se repitió.

¡Tchap!

Mavis se despertó un poco más.

—Pues no está lloviendo...

¡Tchap!

—Y no puede haber goteras, porque entre el tejado y mi dormitorio, hay otro piso.

¡Tchap!

Algo goteaba, en efecto. Al principio, los intervalos entre cada gota habían sido bastante largos. Se redujeron pasados unos minutos al acelerarse el ritmo de caída y luego se estabilizaron.

Tchap..., tchap..., tchap...

Mavis se sentó nuevamente en la cama. Alargó la mano, encendió la luz y elevó la vista.

¿Gritó?

Ella sabía que no tenía la boca abierta, pero no captaba otro sonido que el de las gotas que caían del techo.

Tchap..., tchap..., tchap...

Había una gran mancha roja en el techo, casi sobre los pies de la cama. En el centro, era de un escarlata muy fuerte y brillante.

El líquido rojo se concentraba en mitad de la mancha y formaba primero una protuberancia invertida, que luego se transformaba en una semiesfera. La semiesfera se hacía esfera y después tomaba unos contornos piriformes. Entonces, se alargaba y caía al suelo.

Tchap..., tchap..., tchap...

La sangre había traspasado el suelo de la habitación superior y ahora caía al de la suya en grandes goterones que producían aquel siniestro chapoteo, se dijo Mavis, un segundo antes de caer para atrás y perder el sentido.

Mavis abrió los ojos. Estiró los brazos con voluptuosidad. Por la ventana abierta entraban los cantos de los pájaros y el perfume de las flores silvestres.

—¡Qué bien he dormido! —exclamó.

El silencio del campo, después de la agitada vida de la ciudad...
Súbitamente, recordó los sucesos de la noche anterior.
Palideció.

¡Se había cometido un asesinato en Leeray Tower!

Aterrada, saltó de la cama y miró al techo.

Mavis sintió que todo daba vueltas a su alrededor.

¡El techo estaba completamente limpio!

Corrió a los pies de la cama. Allí no había el menor rastro de la sangre que había caído del techo.

Se pasó una mano por los ojos.

—¿Lo habré soñado?

Se asomó a la ventana. Por el camino que conducía a Farndone, venía la señora Dickens, la mujer que había contratado para que le hiciese las faenas de la casa.

El día era radiante, primaveral. La hierba de los prados se veía esmaltada de innumerables florecillas.

Mavis volvió a mirar al techo.

—Ya no hay duda —musitó—. Todo ha sido una pesadilla. El subconsciente me ha jugado esta mala pasada.

Había resultado un sueño tan vívido, que ella lo había confundido con la realidad. Tranquilizada ya, Mavis pasó al cuarto de baño, se quitó el camisón, entró en la bañera y abrió el grifo de la ducha.

Minutos más tarde, vestida con un sencillo *pullover* y unos pantalones negros, el pelo castaño atado a la nuca con una cinta roja, salió de su dormitorio.

Olor de huevos recién hechos llegó a su nariz.

—¡Buenos días, señora Dickens! —gritó.

—Buenos días, señorita Mavis —contestó la sirvienta, desde la cocina—. Siéntese, le llevo el desayuno dentro de cinco minutos.

La señora Dickens fue puntual. Era una mujer de unos cincuenta años, gruesa, de facciones rubicundas y expresión maternal.

—¿Ha descansado bien, señorita Mavis? —preguntó.

—Bueno —contestó ella riendo—, el fantasma de lord Leeray no se me ha presentado en la noche de su aniversario.

—Pero ¿qué dice, chiquilla? Faltan todavía cuatro meses y medio para el aniversario de esa fecha fatídica.

Mavis se quedó parada un instante. Luego volvió a reír.

—Bueno, será por eso por lo que no le he visto —dijo.

La señora Dickens meneó la cabeza.

—Todo eso son fantasías y habladurías —manifestó casi enojada—. Ciertamente que lord Leeray murió asesinado, pero, aunque me esté mal el decirlo, el hombre que lo mató tenía toda la razón del mundo. En Farndone nadie lamentó su muerte, créame, señorita Mavis. Ni tampoco que no se encontrase a su asesino.

—¿Por qué lo mataron, señora Dickens?

La mujer hizo un encogimiento de hombros.

—Tenía muchos enemigos en Farndone —contestó.

—¿Qué clase de enemigos?

—Todos los casados con esposa joven y bonita.

—¡Vaya! —dijo Mavis, atónita—. ¿Entonces...?

Algo interrumpió sus palabras: un sonido áspero, y chirriante, de tonos altamente desagradables. Mavis casi saltó de su asiento.

Volvió la cabeza hacia el origen del ruido. Posada sobre el alféizar de la ventana había una gran urraca de pecho y vientre blancos y negro el resto del plumaje, con algunos reflejos verdeirizados.

—¡Fuera, maldita! —gritó la señora Dickens coléricamente—. ¡Vete de aquí, pájaro asqueroso!

La urraca lanzó un fuerte graznido, en el que la divertida Mavis creyó captar una nota de desdén. El pájaro aleteó con fuerza y voló hasta el álamo que había frente de la casa, posándose sobre una de sus ramas.

Desde allí volvió a graznar.

—Si tuviese una escopeta... se lamentó la señora Dickens.

CAPÍTULO II

Mavis se sentía un poco alterada, por lo que decidió no trabajar aquella mañana. Un paseo le sentaría bien.

Al salir de la casa miró hacia el álamo. La urraca había desaparecido.

El camino se bifurcaba a unos cien pasos de Leeray Tower. Una de las ramas conducía a la ciudad. La otra era un sendero que acababa en el río, que pasaba a unos trescientos metros.

Mavis se adentró por un espeso soto de chopos, cubierto de césped. Eran unos árboles de veinte o más metros, de troncos completamente rectos, bajo los cuales había una agradable penumbra. A Mavis le parecía encontrarse en el interior de una catedral.

Caminó pausadamente. La espesa alfombra de hierba amortiguaba por completo sus pasos.

El río estaba ya a la vista. Mavis podía divisar el cabrilleo de sus aguas, sobre las que incidían los rayos solares. De pronto, creyó ver la silueta de un pescador de caña.

Mavis se dijo que no debía turbar la paz del pescador. Empezó a desviarse lateralmente, pero apenas había dado unos pasos en su nueva dirección, oyó un siseo tras ella.

—¡Psst...!

Mavis se volvió. Un grito de horror fue a brotar de su garganta, pero el pánico que sentía ahogó todo sonido en sus labios.

Delante de él había un fornido individuo, armado con una escopeta de caza. El hombre la miraba con una horrible expresión en su cara.

—Vas a morir —dijo a media voz.

Y levantó el arma lentamente.

Mavis retrocedió paso a paso, a la vez que extendía las manos suplicantemente.

—No, no... no me mate... Yo no le he hecho nada...

—Es inútil. Considérate muerta.

De pronto, la espalda de Mavis chocó contra un obstáculo.

Detrás de ella se oyó un gruñido y luego el chapoteo de un cuerpo humano al caer en el río. Aterrada, Mavis se cubrió los ojos con las manos.

Esperaba oír el disparo fatal en cualquier momento. Su corazón palpitaba aceleradamente.

—Ahora disparará, ahora disparará...

—¿Quién diablos tiene que disparar? —gritó alguien coléricamente.

Mavis se quitó de las manos de los ojos.

Aturdida, miró frente a ella. El desconocido de la escopeta había desaparecido por completo.

—Es una lástima, en efecto, que no haya disparado nadie contra usted, señora.

Mavis viró en redondo. Metido en el río hasta casi el pecho, una la barbilla apoyada en una mano y la otra tambaleando sobre el césped, había un hombre que la contemplaba con expresión llena de enojo.

—Ha espantado usted mi mejor captura de esta temporada —dijo el pescador.

—Lo... lo siento... —tartamudeó Mavis—. Que... querían matarme...

El pescador salió del río. Era un hombre joven, alto, de anchos hombros y cabellos muy claros. Sus ropas estaban completamente empapadas.

—No se preocupe —dijo el hombre, empezando a sonreír—. Éste es un accidente típico de pescador. ¿Se encuentra usted bien?

Antes de contestar, Mavis miró hacia el bosque.

—Sí, pero... aquel sujeto me dio un terrible susto...

—¿Qué sujeto?

—Un hombre. Apareció de pronto con una escopeta en las manos y anunció que me iba a matar. Nunca le había visto, señor...

—Soy Harry Trautner —se presentó el joven.

—Me llamo Mavis Effory.

Trautner arqueó las cejas.

—¿La escritora?

Mavis esbozó una ligera sonrisa.

—En los últimos años, he adquirido cierta fama —dijo.

—No inmerecida del todo —elogió Trautner—. ¿Qué hace por aquí? Es decir, si no resulta indiscreción...

—Resido en Leeray Tower. Estoy preparando una nueva obra y juzgué necesario un poco de tranquilidad para mi trabajo.

—Pues no parece que la haya hallado —dijo Trautner jocosamente. Luego, arrepentido, se disculpó—: Perdóneme, señorita...

—No tiene importancia —contestó Mavis—. Soy yo quien debe pedirle perdón a usted. Me gustaría que viniese a mi casa para secarse las ropas. Hace buen tiempo, pero el ambiente está aún algo fresco.

—¡Atchís! —Estornudó sonoramente.

—¿Lo ve? —dijo Mavis—. Ya se ha constipado por mi culpa. Vamos, recoja sus trebejos y véngase conmigo. En casa encenderemos un buen fuego para que se le seque la ropa y yo le daré un *grog* bien caliente, con un par de aspirinas. Eso le pondrá como nuevo, se lo aseguro.

Trautner miró sonriendo a la joven.

—Es usted el hada de los acatarrados sin amparo —expresó sin abandonar por un instante su jovial expresión.

El hombre que se apeó aquella mañana de un «Morris-Minor» vestía a la europea, pero su tez cetrina, sus ojos negros y la barbita que adornaba su mentón, además del turbante que cubría su cráneo, lo identificaban en el acto como procedente de la India.

El hindú había detenido el coche frente a la Hostería del Ganso. Con pasos lentos y mesurados, se dirigió a la puerta y la abrió.

Desde el umbral oteó un instante el interior del establecimiento, cuya planta baja estaba destinada a taberna, vacía en aquel momento, a excepción del dueño.

Peter Johnson levantó la vista al oír el ruido de la puerta. Dobló el periódico que leía y se enderezó un tanto, quedando con ambas manos puestas sobre el pulido mostrador.

La taberna estaba a un nivel ligeramente inferior al de la calle. El hindú descendió dos escalones y avanzó hacia la barra. Al llegar cerca de ella, juntó ambas manos e hizo una ligera reverencia.

Johnson se turbó un tanto.

—¡Ejem! —carraspeó—. Sí, señor... ¿En qué puedo servirle?

—Mi nombre es Haddu Hingh —se presentó el hindú—. Desconozco la población y sus alrededores; por eso he entrado aquí en busca de información.

—Le diré muy gustoso lo que necesite conocer, si es que yo lo sé —contestó Johnson—. Hable, señor Hingh.

—Se trata de una propiedad privada, Leeray Tower. ¿Podría usted indicarme el camino?

—Oh, sí, con mucho gusto. Salga de Farndone hacia el noroeste, siga el camino, que se ciñe a una colina y, al terminar la vuelta, verá Leeray Tower a cosa de unos ochocientos metros de distancia. Tenga cuidado con uno de los tramos de la curva; es muy peligroso y da a un precipicio de unos veinte metros.

—Es usted muy amable, hostelero —sonrió Haddu Hingh. Puso una moneda sobre el mostrador—. Humilde compensación por las molestias ocasionadas —indicó.

—Gracias, señor —dijo Johnson—. Pero si me permite una observación...

—¿Por qué no? Diga, diga, se lo ruego.

—¿Piensa residir en Leeray Tower? Porque, si es así, debo decirle que hace ya dos días que alquilaron la mansión. Para tres meses, me dijo el administrador.

A Johnson le pareció observar un relámpago de contrariedad en los profundos ojos del hindú, pero no hubiera podido asegurarlo. Haddu Hingh continuaba manteniendo la impasibilidad de sus facciones.

—Es usted muy amable, hostelero —contestó sin más. Juntó las manos otra vez, inclinó la cabeza y luego giró sobre sus talones.

Johnson se rascó el cogote, mientras se oía el ruido del motor del «Morris-Minor» al ponerse en marcha.

—¿A qué diablos habrá venido ese tipo aquí? —masculló—. Ver a un hindú en Farndone es tan raro como encontrarse un beduino con su camello en el Polo.

Y luego, como no podía resolver aquel problema, se enfrascó de nuevo en la lectura de los últimos resultados de la Liga escocesa de fútbol.

La señora Dickens se había ido hacía rato.

Harry Trautner había abandonado la casa mucho antes, una vez tuvo secas sus ropas. Ahora, Mavis estaba sola.

Tras algunos minutos de reflexión, decidió subir al un ático abohardillado, que ya no se usaba, sino para último piso, situado directamente bajo el tejado. Era para guardar trastos viejos.

Mavis llegó a la puerta de acceso al ático y la abrió. Allí, al otro lado de la misma habían sonado ruidos raros, el choque de un cuerpo humano al caer y luego, su sangre, se había filtrado a través del suelo hasta llegar a su dormitorio.

Todavía creía escuchar aquel tétrico goteo.

Tchap..., tchap..., tchap...

Había varias ventanas, en el clásico saliente de las bohardillas, que proporcionaban una luz difusa al departamento. Los cristales estaban llenos de polvo.

El suelo, en cambio, observó Mavis, se hallaba completamente limpio. Era un detalle digno de tenerse en cuenta, pensó.

Porque, en otro caso, las huellas de las dos personas que se habían peleado en el ático la noche pasada, habrían aparecido con toda claridad y ahora no se veía nada.

Sólo había muebles viejos, una polvorienta silla de ruedas, y, cosa rara, un arpa enfundada.

Mavis se acercó al instrumento y quitó la funda. Luego pasó los dedos por las cuerdas, arrancándoles una serie de agradables notas.

Suspiró.

«¡Cuánto tiempo hace que no toco el arpa!».

Cerca había un taburete. Se sentó, movió un poco los dedos, de ambas manos, para flexibilizar las articulaciones, rasgó las cuerdas ligeramente y empezó a interpretar una *Sonata* de Debussy.

Inició la pieza. Apenas había arrancado al instrumento unas cuantas notas, dejó de tocar.

Sus ojos se fijaron en un enorme objeto, de forma alargada, que estaba cubierto con un gran paño negro. Mavis sufrió un fuerte estremecimiento.

Dejó el arpa y se puso en pie. Con paso trémulo, caminó hacia aquella enorme caja alargada. Agarró una punta del paño y tiró con fuerza.

Un ataúd, con adornos dorados, apareció ante sus ojos inmediatamente. Mavis sintió que le temblaban las piernas.

Sobre la tapa superior del ataúd había un tarjetón de cartulina, con unas frases escritas en su blanca superficie. Mavis cogió el tarjetón y leyó:

«Si no quieres llenar este féretro, abandona Leeray Tower inmediatamente».

—¿Qué tal ha sido la jornada de pesca, señor Trautner?

El interpelado emitió un bufido de descontento.

—Me la interrumpieron apenas iniciada —se quejó.

—¡Caramba! —exclamó el hostelero, sinceramente sorprendido—. ¿Puedo saber qué le ocurrió?

—Una loca me tiró al agua. Es esa chica que viva ahora en Leeray Tower.

—Ah, ya, la escritora.

—Sí, la misma. ¿Pues no se le ocurrió decirme que había un tipo que quería matarla a tiros de escopeta? Por lo visto, asustada, retrocedió, chocó conmigo... y como yo no me había dado cuenta de su presencia, ¡plaf!, de cabeza al río.

Johnson rió de buena gana.

—Pero ahora está seco, señor Trautner —observó.

—Claro. Ella tuvo la gentileza de llevarme a su casa, en donde pude secar las ropas. En fin, amigo Johnson, mañana será otro día y espero que esa chica no vuelva a ver más tipos con un arma que la están matando.

El hostelero meneó la cabeza con aire de compasión.

—Los escritores, ya se sabe, están llenos de fantasía —dijo sentenciosamente—. ¿Una copita, señor Trautner?

—Bueno —aceptó el joven con la sonrisa en los labios.

CAPÍTULO III

Al cabo de unos minutos, Mavis procuró tranquilizarse.

Era una broma, de mal gusto, macabra, pero broma al fin y al cabo. ¿Quién iba a desear su muerte?

—A veces en los pueblos, hay tipos con un sentido muy peculiar del humor. Simplemente, quieren divertirse a mi costa.

Era una deducción bastante aceptable y ello calmó las aprensiones de la joven. Riéndose de sus temores, rompió el tarjetón en varios pedazos y los tiró sobre el ataúd, que cubrió acto seguido con aquel paño funerario.

Luego se dirigió hacia la puerta. Casi en el mismo momento, oyó pasos en la escalera.

El corazón le latió violentamente. Corrió en silencio y se situó junto a la puerta.

Los peldaños crujían a veces, pero cada vez sonaban más cerca aquellos intermitentes crujidos. Finalmente, Mavis vio que el picaporte empezaba a girar.

Contuvo la respiración. La puerta se abrió poco a poco.

Un hombre entró en el ático. Se detuvo a pocos pasos de la puerta y paseó la mirada por el frente, a derecha e izquierda. Aterrada, Mavis observó que llevaba una pequeña pistola en la mano derecha.

De repente, vio algo en el suelo que le dio una idea. Era el palito redondo del respaldo de una silla vieja.

Mavis se agachó y lo recogió, empuñándolo con mano firme. Luego, con voz sonora, dijo:

—¡No se mueva, señor! ¡Estoy apuntándole con un arma y si hace un solo movimiento sospechoso, apretaré el gatillo!

El sujeto se quedó rígido. Mavis apoyó en su espalda la punta del palito.

—¿Quién es usted? —preguntó Haddu Hingh.

—Eso no le importa —repuso Mavis. Se cambió el palito de mano y exigió—: Deme la pistola.

Haddu Hingh respiró profundamente. Levantó la mano derecha y pasó el arma por encima de su hombro. Mavis alargó su mano para recogerla.

No tuvo tiempo. El hindú giró velozmente hacia su izquierda, golpeó el palito con el codo y, casi al mismo tiempo, el revés de su mano derecha alcanzó a Mavis en la mandíbula.

La escritora se tambaleó, lanzó un grito y cayó al suelo sin sentido.

Un ruido estridente la despertó al cabo de pocos minutos. Sentóse en el suelo y miró torpemente a su alrededor.

Una de las ventanas estaba abierta. Posada en su antepecho, se veía la urraca, graznando con intermitencias. Sus graznidos le parecieron a Mavis sonoras risotadas de burla.

Momentos después, se puso en pie. Al tantearse la mandíbula, notó en ella un ligero hinchazón.

—El hindú pega como una mula —se lamentó, mientras emprendía el descenso rumbo a su cuarto de baño.

Pero al menos, se dijo, había algo en el hindú que lo hacía casi agradable. Por lo menos, repitió, era un ser de carne y hueso y no un producto de su fantasía.

Mavis se pasó la noche entera casi en vela.

Fue una tonta pérdida de sueño. No ocurrió nada.

—Se trata de simples coincidencias —dijo, por la mañana, para tranquilizarse—. El hindú reaccionó, asustado, y luego escapó. Pero ¿a qué venía a Leeray Tower?

Trabajó un rato, pero no podía concentrarse demasiado, por lo que decidió salir a pasear.

Sus pasos la llevaron instintivamente hacia el río. Desde lejos vio la silueta de Harry Trautner, absorto en la fascinantes operación de capturar una trucha con su anzuelo.

Mavis sabía que no hay cosa que más pueda molestar a un pescador que los ruidos que puedan turbar su entretenimiento preferido. Lo mejor sería, pensó, caminar hacia otra parte.

Entonces, al volverse, vio al hombre apostado tras un árbol.

Era el mismo de la víspera, tan misteriosamente desaparecido, y con una escopeta en las manos.

El individuo levantó el arma. Aterrada, Mavis observó que ahora no le apuntaba a ella, sino al pescador.

El presunto asesino no la había visto todavía. Estaba a cuatro pasos de distancia.

La escopeta se alzó lentamente. Arrancándose súbitamente a su estatismo, Mavis se lanzó hacia delante, a la vez que lanzaba un agudo grito de aviso:

—¡Cuidado, señor Trautner!

Sus manos agarraron los dos cañones del arma y los desviaron hacia arriba, en el momento en que los gatillos golpeaban los fulminantes de los cartuchos. Sonó una tremenda detonación, que ensordeció a la joven, pero no por ello soltó Mavis el arma.

—Ayúdeme, señor Trautner —gritó Mavis desesperadamente.

De repente, el individuo soltó la escopeta. Su puño se hundió en el estómago de Mavis, quien cayó sentada al suelo, con los ojos llenos de lágrimas y los pulmones faltos de aire.

Durante unos momentos, todo dio vueltas en torno a la chica. De repente, oyó una voz que la increpaba furiosamente:

—Pero ¿es que no voy a poder pescar en paz de una maldita vez?

Mavis hizo un esfuerzo por centrar su visión. Trautner estaba frente a ella, con los brazos en jarras y las ropas chorreantes de agua.

—¡Otra vez! —clamó el joven—. ¡Otra vez me he caído al río! Usted y su condenada escopeta... ¿Por qué sale a cazar, si no sabe manejar un arma como es debido?

Atónita, Mavis reparó en que tenía la escopeta sobre el regazo. El asesino, al escapar, había abandonado su arma.

—Le juro que quería matarle —exclamó—. Es el mismo tipo que ayer quiso disparar contra mí. Me lo anunció con todas las letras..., pero escapó, como ha escapado ahora...

Trautner se pasó una mano por la cara.

—Sus chillidos y el escopetazo que soltó a continuación, —me sobresaltaron y perdí el equilibrio— explicó. —Pero no trate de ocultar su impericia con la burda excusa de un asesino emboscado.

Mavis agitó el arma coléricamente.

—¿Cree que la escopeta es mía? Yo desvié los cañones en el momento en que salía el tiro, me crea o no me crea —contestó—.

¿Se le ha ocurrido siquiera pensar por qué estoy en el suelo?

—El culatazo la tiró de espaldas —dijo Trautner, ceñudo.

—Fue el asesino. En vista de que no podía arrebatarme la escopeta, me pegó un puñetazo en el estómago y escapó. —Mavis se puso una mano en el mentón—. Mire aquí, ayer por la tarde me dieron otro.

—Cualquiera diría que la han tomado por un *punching-ball* —gruñó Trautner. Levantó las manos y se golpeó los costados con fuerza—. En fin, otra sesión de pesca que se ha ido al diablo, y usted perdone mi lenguaje.

—Yo escribo cosas peores en mis novelas —contestó Mavis—. Ande, deme la mano. Tengo las piernas que parecen de mantequilla.

Trautner le ayudó a ponerse en pie. Rota la tensión, Mavis soltó de repente una sonora carcajada.

—¿De qué se ríe usted? —preguntó él malhumoradamente.

—Del aspecto que tenía ayer, vestido solamente con una toalla de mano —contestó la chica—. Hoy voy a verlo también vestido de la misma manera.

Trautner acabó también por reír.

—Por lo menos, me queda el consuelo de tomar un buen *grog* —contestó.

Mavis entregó a su forzoso huésped el vaso que contenía la mezcla caliente de agua y ron a partes iguales. Trautner bebió un par de tragos y chasqueó la lengua complacidamente.

—De modo que un hindú...

—Sí, pero cuando ya creía tener el arma en mi poder, se revolió y me dejó sin sentido.

—Cometió un error —declaró Trautner sin ambages—. Debíó haberse situado a dos pasos de distancias y ordenarle que tirase el arma al suelo. Después debía haberle dicho que se situase frente a una pared...

—Yo no soy un policía profesional, Harry —alegó Mavis.

—Pero escribe novelas.

—Mis obras no tienen nada que ver con el género policíaco. He visto algunas películas y leído varias novelas policíacas, pero las cosas son muy distintas cuando suceden en la realidad.

—Es probable que tenga razón —convino Trautner—. Bien, ¿qué

pasó después?

—Nada, ya no he vuelto a ver a ese tipo.

—Johnson, el posadero, me dijo que un tal Haddu Hingh le preguntó por el camino de Leeray Tower. Esto puede dar cierto crédito a su versión, Mavis.

—Yo se lo doy por completo, como también a las dos actuaciones del tipo de la escopeta. —Ella tocó el arma, que yacía sobre una mesa—. Es completamente real y tangible, Harry.

—Sí, desde luego. ¿Y dice que...?

—Hay un ataúd en el ático. Sobre la tapa encontré una nota amenazadora. Decía que si no quería «llenarlo», debían abandonar inmediatamente esta casa.

—Llenar un ataúd —repitió él—. No cabe duda que es una frase sumamente gráfica. ¿Está el féretro arriba todavía?

—Claro que sí. ¿Quién se lo iba a llevar?

—¿Le importaría que subiera a verlo?

—No hay inconveniente, Harry.

Trautner dio dos pasos, pero, de pronto, se dio cuenta de que estaba vestido solamente con una gran toalla de baño, que cubría su cuerpo desde las axilas a las rodillas.

—Así no puedo moverme cómodamente —gruñó—. Tengo que esperar a que me traigan la ropa seca.

—Estará lista dentro de pocos minutos —anunció Mavis.

CAPÍTULO IV

Ella misma precedió a Trautner un cuarto de hora más tarde, una vez que el joven se hubo vestido de nuevo. Llegaron a la puerta del ático y Mavis la abrió sin vacilar.

—¡Hombre, un arpa! —exclamó Trautner—. Por lo visto, había alguien antes en la casa que sabía tocar ese instrumento.

—Yo también sé tocarlo, pero ahora llevo años que no hago prácticas y mis dedos han perdido agilidad —contestó Mavis.

—Vaya, es usted una caja de sorpresas. Arpista, escritora...

—Y ahora una chica perseguida.

—¿Por quién?

—Oh, eso es lo que yo quería saber, Harry. Y el porqué también. Mire el ataúd está...

Mavis se interrumpió repentinamente.

—¿Dónde está? —Oyó que decía Trautner con cierto tonillo sarcástico.

Ella permanecía muda de asombro.

—Yo no veo nada, sino unos trastos viejos, un arpa, un par de cuadros... y aquel enorme armario que de ataúd tiene muy poca cosa —siguió Trautner.

—Pero tiene que estar —clamó Mavis, terriblemente desconcertada—. Yo lo vi esta misma mañana, no hace Siquiera tres horas... Le ruego me crea, Harry, no sueño ni deliro...

—¿Estaba la señora Dickens cuando usted subió al ático?

—Claro, ya me había servido el desayuno. Pero ella trasteaba por abajo y es muy posible que Haddu Hingh se colara en la casa sin ser visto. Es más, opino que tuvo que ser así, Harry.

—¿Qué hay en aquel armario? —preguntó él de repente.

Mavis se encogió de hombros.

—No lo sé —contestó—. No se me ha ocurrido abrirlo siquiera.

—Pues yo sí lo voy a abrir —exclamó Trautner resueltamente.

Avanzó hacia el armario, puso la mano en el tirador y abrió la puerta.

Mavis lanzó un agudísimo chillido. Trautner apenas si tuvo tiempo de apartarse a un lado, a fin de evitar que el cuerpo humano que se vencía hacia delante, cayera sobre él.

Al chocar contra el suelo, el turbante se desprendió de su cabeza y rodó por el suelo. Haddu Hingh quedó boca arriba, con el mango de un cuchillo asomando por el centro de su pecho.

El arma homicida extrañó a Trautner menos que otro detalle que llamó poderosamente su atención: el pelo de Haddu Hingh, en abierto contraste con su negrísima barba, era de color castaño claro.

—Repórtese, Mavis —dijo Trautner—. High está muerto y ya no puede hacerle ningún daño.

Ella asintió en silencio, procurando recobrar la calma. Habían sucedido demasiadas cosas en pocos días y tenía la mente hecha un torbellino.

Trautner se arrodilló junto al cadáver y, sin tocarlo, examinó con infinita atención el mango del arma homicida. Era el de un fino estilete, ricamente adornado con incrustaciones de oro y piedras preciosas.

—Un asesinato caro —musitó.

Luego se mojó la yema del dedo índice y frotó vigorosamente una de las mejillas del difunto. Mavis no pudo por menos de estremecerse al observar la acción.

Una raya blanca apareció inmediatamente en la zona frotada. Trautner levantó la vista hacia Mavis y dijo:

—High era tan hindú como usted y como yo. Y lo más probable es que también su nombre fuera falso.

—Sí, pero ¿a qué había venido a Leeray Tower? —preguntó ella.

—Exige usted demasiado de mí, Mavis —contestó Trautner—. Una cosa es segura: no se trata de un suicidio.

—¿Cómo puede asegurarlo, Harry?

—Nadie se encierra en un armario para quitarse la vida. En cambio, cuando alguien quiere ocultar un crimen, esconde el cadáver.

—Pero, generalmente, ese cadáver acaba por aparecer.

—Cierto —admitió Trautner—. Sin embargo, el asesino lo hace para ganar tiempo y que su crimen sea descubierto lo más tarde

posible.

—Eso sí es verdad —contestó Mavis—. Lo que más me extraña es el puñal. Parece de gran valor, ¿no cree?

—Desde luego. No obstante, para mí lo más interesante es conocer la identidad. Está claro que no era un hindú.

—¿Ha revisado la documentación?

Trautner volvió a arrodillarse junto al cadáver y hurgó en sus bolsillos hasta encontrar una billetera, dentro de la cual encontró algunas tarjetas de visita a nombre de Haddu Hingh, un documento oficial de identificación también con el mismo nombre y algunos billetes de cinco y diez libras esterlinas. Además, encontró una tarjeta de visita que no le pertenecía a él.

—Angus y Linus Pittayn, Investigadores, Stuart Road, 200, Edimburgo —leyó en voz alta.

—Quizá ellos le conozcan, ¿no cree? —sugirió Mavis.

—Muy probable —admitió Trautner—. De todas formas, Mavis, éste es un asunto cuya resolución no nos compete a nosotros.

—La policía —dijo ella.

—Sí, en efecto. Se trata de una muerte violenta y tenemos una obligación que no podemos eludir.

Ella se lamentó casi con estridencia:

—Y yo que alquilé Leeray Tower pensando disfrutar de paz y tranquilidad —exclamó.

Trautner sonrió.

—Un suceso que le concederá una singular experiencia para su profesión de escritora —dijo.

—Preferiría haberme ahorrado esa experiencia. Y todas las anteriores, Harry —contestó ella. Lanzó un suspiro y añadió—: En fin, vamos a avisar de lo sucedido.

—¿Denunciará las amenazas de muerte?

Mavis se encogió de hombros.

—¿Para qué? No me creerían —dijo desanimadamente.

—¿Piensa continuar en Leeray Tower? —preguntó Trautner.

—Usted, ¿qué me aconseja?

—Es un problema personal suyo, Mavis —sonrió el joven.

—Bueno —se resignó ella—, habrá algo de jaleo durante unos días y luego volverá la tranquilidad, ¿no le parece, Harry?

—Eso creo yo también, Mavis.

Una semana después, se detuvo un coche frente a la Hostelería del Ganso. Un hombre se apeó del vehículo y entró en la taberna.

Había dos individuos tomando sendas jarras de cerveza con expresión apacible. Al ver entrar al recién llegado, abonaron la consumición y abandonaron la taberna.

El recién llegado se acercó al mostrador y pidió un doble de escocés. Después del primer trago, dijo:

—Voy a Leeray Tower. ¿Podría indicarme el camino?

—En efecto —accedió Johnson. Dio a su cliente los datos requeridos y luego preguntó—: ¿Es usted policía?

—Algo por el estilo —contestó el forastero evasivamente—. Tiene usted un buen *whisky* —elogió.

—Me gusta que los clientes se vayan contentos, señor...

—Edding, Brad Edding —contestó el forastero. Puso una moneda en el mostrador y añadió—: Guárdese la vuelta.

—Muy amable, señor Edding.

El forastero apuró el contenido de su vaso.

—Farndone es una bonita población —dijo.

—Con cierta triste celebridad en los últimos días —manifestó Johnson.

—Sí, he oído algo del crimen. Usted conoció al muerto, ¿no?

—Más o menos, como le he conocido a usted. Vino aquí, me preguntó por Leeray Tower y no volví a saber más de él hasta que me enteré de la noticia de su asesinato.

—Un triste suceso, en efecto —concordó Edding—. Bien, gracias por todo y hasta la vista.

Edding abandonó la taberna y subió al auto. Dio el contacto y arrancó mesuradamente, dirigiéndose hacia la salida de la población.

Cuando llegó al punto más alto de la pendiente, divisó un auto parado a un lado del camino. Sus dos ocupantes parecían muy interesados en examinar el motor.

Edding frenó ligeramente.

—¿Puedo serles útil en algo? —preguntó.

—¿Tiene usted una llave inglesa? —solicitó uno de los individuos—. Hemos olvidado nuestra bolsa de herramientas y...

—Ahora mismo —accedió Edding, a la vez que detenía el coche por completo.

Abrió la portezuela y saltó al suelo. En el mismo momento, la culata de una pistola se abatió sobre su cráneo.

Las rodillas de Edding se doblaron casi instantáneamente. El otro individuo lo recogió antes de que cayera al suelo.

—Apreisa, apreisa —dijo el hombre que le había golpeado.

Edding fue colocado detrás del volante, completamente inconsciente. Uno de sus atacantes registró su billetera y extrajo de ella un regular fajo de papel moneda.

—Deja eso, tú —ordenó el otro de mal talante—. Pueden observar la falta de dinero y...

El ladrón se echó a reír.

—¿De veras? El coche va a arder, así que nadie notará que le quité el dinero. Y, mira, son casi quinientas libras, lo cual no es de despreciar, ni mucho menos.

La billetera fue a parar al asiento delantero, lanzada desdeñosamente. El que había golpeado a Edding puso en punto neutral la palanca de cambio y luego soltó el freno de mano.

El automóvil empezó a deslizarse lentamente por la pendiente, acrecentando su velocidad a cada vuelta de las ruedas. Cuando alcanzó la curva, marchaba ya a más de sesenta kilómetros a la hora.

El vehículo saltó limpiamente fuera del camino y descendió dando tumbos espantosos por el escarpado. Al llegar al fondo del barranco, se produjo una atronadora explosión.

El ruido y luego el humo atrajeron la atención de Mavis Effory, quien, inmediatamente, corrió hacia el lugar del accidente. Al llegar allí, Mavis se dio cuenta de que ya no podía hacer nada, sino avisar a las autoridades del suceso.

Había dos hombres contemplando el coche que ardía en el fondo del barranco.

—Ese hombre parecía loco —dijo uno de ellos—. Marchaba a más de cien por hora y ni siquiera tocó el freno al llegar a la curva...

—Siempre hay tipos inconscientes —dijo su compañero—. Son los que engrosan las listas de accidentes, señorita.

—Será preciso avisar de lo ocurrido —dijo.

—Nosotros nos encargaremos de ello, señorita —aseguró uno de los sujetos.

CAPÍTULO V

Mavis parpadeó de asombro al ver la figura que avanzaba hacia la casa.

—Harry —saludó alegremente, cuando el joven llegó al umbral de la puerta—. ¿Cómo se encuentra?

—Muy bien, viéndola a usted —sonrió Trautner—. ¿Lo ha pasado bien estos días?

—Mareada por la policía los dos o tres primeros. Luego volvió la tranquilidad, por fortuna.

—Lo cual celebro sinceramente, máxime viendo que sigue fuera del ataúd.

Ella se sonrojó intensamente.

—Usted sigue tomándolo a broma, pero yo le aseguro que digo la verdad —contestó.

—Mavis, permítame que le diga que no he dudado de usted ni un solo momento —aseguró Trautner—. ¿No ha habido nada de nuevo por aquí?

—No, en absoluto... Oh, bueno, un accidente de automóvil. El conductor llegó a la curva de la colina a demasiada velocidad y se salió del camino, matándose.

—Estos locos del volante —gruñó él.

—Nunca faltan, en efecto —convino la muchacha—. ¿Quiere tomar una taza de té, Harry?

—Debo aceptar, Mavis. Ah, ¿sabe que he estado estos días en Edimburgo?

—¿Negocios?

—Hasta cierto punto, Mavis.

La joven se asomó rápidamente a la cocina y encargó a la señora Dickens que preparase dos tazas de té. Luego regresó junto a Trautner.

—¿Qué había en Edimburgo, Harry? —preguntó.

—Debía de haber, pero no estaban —contestó Trautner.

—¿Cómo?

—Me refiero a los hermanos Pittayn. Se hallaban ausentes de la ciudad.

—¿Tiene esto algún interés, Harry?

—Para mí, sí; y también para usted.

—Le aseguro que no le entiendo —dijo Mavis.

—Los hermanos Pittayn son investigadores privados, pero tienen una fama pésima. Me aseguraron allí que tienen numerosas conexiones con el hampa de Londres.

Mavis se quedó con la boca abierta.

—Dos *gangsters* —exclamó.

—Calificándolos benévolamente, así es, Mavis.

La señora Dickens entró en aquel momento con la bandeja. Mavis se apresuró a cogerla.

—Permítame, yo serviré el té.

Volvieron a quedarse solos. Después del primer sorbo de té, Mavis, preguntó:

—¿Por qué dice que la ausencia de esos dos individuos de Edimburgo puede tener interés para mí, Harry?

Muy sencillo: sospecho que quieren venir a Leeray Tower.

Ella palideció.

—Pero..., ¿qué hay aquí que pueda interesar a esos dos forajidos? —exclamó.

Trautner apuró su taza de té.

Luego contestó:

—No quisiera ser exagerado, pero la respuesta es una cifra muy cercana al cuarto de millón de libras esterlinas, Mavis.

La mente de Mavis era un torbellino.

Trautner no había querido ser ya más explícito. Ella sospechaba que no era un simple pescador, como daba a entender.

En algún lugar de la casa había escondido algo que valía doscientas cincuenta mil libras. Para ella era una cifra mareante.

«Ni en diez años ganaría yo una suma semejante», se dijo, mientras se paseaba nerviosamente por el salón de la casa.

Estaba vestida con una blusa y pantalones negros. Tenía un cigarrillo en la mano y aspiraba el humo con rápidas y nerviosas

bocanadas.

Empezaba a darse cuenta de que la muerte del falso hindú estaba relacionada con aquella ingente suma de dinero. Y las amenazas que ella había recibido también tenían relación con lo que parecía ser el botín de algún robo..., pero ¿dónde había sido perpetrado?

De repente, llamaron a la puerta.

Mavis cesó en sus paseos.

Fijó la vista en la puerta. Su corazón latió alborotadamente.

Estaba sola en la casa y era de noche. Un vivo temor se apoderó de su espíritu.

¿Debía abrir?

La llamada se repitió. En aquel momento, Mavis lamentó no tener un arma a mano.

—Buscó con la vista algo para defenderse. De repente, divisó los hierros de la chimenea y corrió a apoderarse de un recio atizador.

Luego, con paso resuelto, escondiendo el atizador detrás del cuerpo se acercó a la puerta y abrió.

Para su sorpresa, no divisó a nadie parado frente al umbral. La oscuridad era absoluta a unos pasos de la puerta.

De pronto, vio algo que la hizo temblar convulsivamente.

Un ataúd.

El mismo ataúd que había visto días atrás en el desván.

Mavis creyó que se caía redonda. Sobre la tapa del ataúd divisó un rectángulo blanco. Ni siquiera intentó leerlo.

Adivinaba su contenido. Cerró la puerta de golpe, echó el cerrojo y luego recorrió la casa frenéticamente, asegurando todas las ventanas.

Mavis se pasó la noche en vela. Al amanecer, se asomó a la ventana de su dormitorio, que daba a la parte delantera del edificio.

El ataúd había desaparecido. En el álamo, la urraca emitió un burlón graznido como saludo matinal.

—El accidente de coche en que murió Brad Edding no fue tal accidente, sino asesinato —declaró Trautner—. Pero está muy ojerosa, observo, Mavis.

—Me he pasado la noche sin dormir —contestó ella.

—¿Insomnio?

Mavis lanzó una amarga risita.

—Cuando a una le dejan un ataúd delante de la puerta, no es para que se duerma tranquilamente —respondió.

—¿El ataúd otra vez? —dijo él, sorprendido.

—Así es, Harry, por extraño que pueda parecerle.

—¿Quién se lo dejó?

—Eso es lo que yo quisiera saber. Llamaron a la puerta y... Harry, ¿dónde puedo conseguir un arma?

—¿Para qué la quiere? —preguntó Trautner.

—Para defenderme, hombre. No puedo ir de un lado para otro con el atizador de la chimenea en la mano.

Trautner se quedó pensativo unos momentos.

Luego sugirió:

—Mavis, creo que el arma no le será necesaria, si me permite pasar aquí la noche vigilando.

Ella lanzó un suspiro de alivio.

—Francamente, le dije lo del arma, porque no me atrevía a pedirle que se quedara en Leeray Tower. A decir verdad, tengo mucho miedo.

Trautner sonrió comprensivamente.

—Yo estaré aquí para evitarle disgustos —prometió.

—Gracias, Harry... Un momento, antes dijo que el accidente de automóvil...

—Fue un crimen, Mavis.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Se encontró la billetera del muerto en la ladera —contestó Trautner—. Esto no es lógico en un caso así, Mavis.

—¿Por qué no? Se le pudo salir del bolsillo con los saltos que daba el coche al rodar por el escarpado.

—Una tesis aceptable, si no fuese porque faltaban casi quinientas libras en billetes que Edding llevaba encima. En ese caso, se tendría que haber encontrado también el dinero. O, por lo menos, la mayor parte, ¿no le parece?

—Sí, eso es cierto —convino ella—. Pero ¿cómo sabe usted tantas cosas? ¿Es usted de la policía, Harry?

—Sí —contestó Trautner lacónicamente.

Remaba un silencio absoluto, sólo interrumpido por el susurro de las hojas del gran álamo, agitadas por una ligera brisa.

Mavis leía apaciblemente, sentada en una butaca del salón. A

veces se decía si no habría resultado conveniente encender el fuego. Todavía hacía algo de frío.

De repente llamaron a la puerta.

Mavis cerró el libro de golpe y se puso en pie. Con paso medurado abandonó el salón y cruzó el vestíbulo.

Abrió la puerta. Dos hombres aparecieron inmediatamente ante su vista.

—Señorita Effory —dijo uno de ellos.

Mavis contempló a los visitantes durante algunos segundos. Eran dos sujetos de rostro duro y mirada penetrante. Uno de ellos tenía una cicatriz en forma de ángulo bajo el pómulos izquierdo.

—Sí —contestó.

—Soy Angus Pittayn —se presentó el de la cicatriz—. Éste es mi hermano Linus.

—Encantada —dijo Mavis—. ¿Puedo serles útil en algo?

—Sí, señorita. Deseamos alquilar Leeray Tower, pero ¿no les parece que hablaríamos mejor dentro de la casa?

Mavis hizo un gesto de indiferencia.

—Entren —accedió.

Los Pittayn cruzaron el umbral y se quitaron el sombrero.

—Queremos alquilar la residencia —dijo Linus, repitiendo las palabras pronunciadas poco antes por su hermano.

—Y estamos dispuestos a indemnizarla convenientemente —agregó el otro.

—Lo que ha pagado de alquiler, más una suma adecuada, que podemos discutir amistosamente.

—¿Cuánto pagarían ustedes, además del alquiler?

Los dos sujetos se consultaron con la mirada.

—Quinientas libras —dijo Angus al fin.

—Es poco —declaró Mavis.

Los Pittayn respingaron.

—¿Poco? —exclamó Linus—. Usted ha pagado menos de trescientas por los tres meses.

—Nosotros le ofrecemos...

Mavis interrumpió a Angus.

—Sí, ya lo sé, pero tienen que subir la oferta un poco más —dijo.

Linus hizo un gesto de impaciencia.

—¿Cuánto?

—Doscientas cincuenta mil libras —contestó Mavis sin pestañear—. A fin de cuentas, las quinientas que ofrecen las pagarían ustedes con el dinero que le robaron a Brad Edding.

CAPÍTULO VI

Después de aquellas palabras se desplomó un pesado silencio sobre la estancia.

Los dos hermanos volvieron a mirarse recíprocamente.

—Sabe demasiado —gruñó Linus.

—¿Quién le dijo lo del dinero robado a Edding? —masculló Angus.

—Luego es cierto —sonrió ella.

—Dejemos esto de una vez —exclamó Linus coléricamente—. Le ofrecemos una bonita solución para abandonar Leeray Tower...

—Espera un momento —dijo Angus—. Señorita, ¿quién le dijo que nosotros habíamos robado a Edding?

—Se encontró la billetera fuera del coche. Vacía, claro. En el escarpado no había un solo billete, cosa ilógica, puesto que deberían haber aparecido esparcidos por todas partes.

De nuevo volvió el silencio.

—No fue accidente —dijo la muchacha al cabo de unos momentos.

Linus suspiró.

—Está bien. Mil libras y olvide todo, señorita —habló insinuantemente.

—¿Quieren que me convierta en cómplice de su crimen? —preguntó Mavis.

—Pero ¿quién diablos le ha dicho que fue un crimen? —estalló Angus de mal humor.

—Yo —sonó una voz masculina repentinamente.

Los dos hermanos se volvieron hacia la puerta que daba al salón. Angus dejó escapar una exclamación de rabia:

—¡El sargento Trautner!

—Yo mismo —sonrió el aludido. De pronto, sacó una pistola, del bolsillo y encañonó a la pareja—. Cuidado, puede dispararse —

advirtió.

Angus soltó un grueso taco:

—Te dije que no tocaras el dinero, Linus. Fuiste tan estúpido, que no sólo robaste a Edding, sino que ni siquiera le pusiste la billetera dentro del bolsillo.

—Y claro —sonrió Trautner—, al rodar el coche por el escarpado, la billetera salió despedida y no se consumió en el incendio, como habían calculado ustedes dos.

Mavis se retiró unos pasos. Con la mano izquierda, Trautner sacó unas esposas del bolsillo y se acercó a la pareja.

—Responderán de la muerte de Edding —anunció—. En cuanto al botín que esperaban encontrar aquí, olvídenlo. ¿Quieren que les recite los derechos que tienen ante la ley?

—Nos sabemos de memoria esa fórmula —gruñó Angus malhumorado.

Trautner se acercó a la pareja.

Linus alargó la mano izquierda con expresión resignada. Dejó que Trautner le colocase una de las esposas y luego, de súbito, pegó un fuerte tirón.

Trautner vaciló.

—¡Quietos! —gritó.

Angus levantó el pie derecho y la pistola del joven voló por los aires. Su hermano cargó con la cabeza gacha y golpeó a Trautner en la mandíbula.

Mavis retrocedió, asustada. Trautner cayó de espaldas con los pies por alto momentáneamente aturdido a consecuencia del golpe.

—¡A correr, Angus! —gritó Linus.

Trautner intentó incorporarse, pero el cabezazo le había dejado prácticamente sin fuerzas. Los dos hermanos abrieron la puerta de par en par y se abalanzaron al exterior.

En el mismo momento se oyó el tableteo de una ametralladora.

Angus y Linus corrieron todavía dos o tres pasos a sacudidas, mientras las balas se clavaban en sus cuerpos. El tirador hacía fuego desde un lugar invisible para Mavis y Trautner.

Los hermanos rodaron por tierra. El tirador continuó haciendo fuego todavía, acribillando a los dos individuos caídos en el suelo. Mavis vio horrorizada cómo las balas hacían moverse a dos cuerpos que ya no tenían capacidad alguna de reacción.

El estruendo cesó bruscamente. Mavis intentó correr hacia la puerta, pero Trautner, que ya empezaba a recobrarse, la contuvo con una seca orden:

—¡Quieta!

Mavis permaneció inmóvil. Trautner pudo al fin levantarse y, pistola en mano, se asomó a la puerta.

Al otro lado sólo había oscuridad y silencio.

Y los cuerpos de dos personas acribillados a balazos.

Era una joven alta, delgada y de talle cimbreante. Tenía el pelo muy negro, recogido en un tirante moño y sus ropas tenían un toque de audacia que la hacía sumamente atractiva.

Peter Johnson, el dueño de la Hostería del Ganso la vio detener su coche frente a la casa y abandonar el vehículo con un fascinante despliegue de sus extremidades inferiores. Ella entró en la taberna y se acercó al mostrador.

—Hola —dijo, sonriendo hechiceramente—. ¿Puede servirme una limonada?

—Al momento, señora...

—Señorita —corrigió ella, a la vez que se sentaba sobre un taburete y cruzaba las piernas—. Gía Lane es mi nombre.

—Encantado, señorita Lane.

Gía abrió su bolso y extrajo un cigarrillo, al que dio una larga chupada después de encendido.

—Bonito pueblo, Farndone —dijo a poco.

—¡Psé, no está mal! —contestó Johnson.

—Y muy animado en los últimos tiempos.

—Sí, hay ahora algo de movimiento, sobre todo, después del tiroteo de la otra noche.

—He leído los periódicos —manifestó Gía—. Creo que los muertos eran dos peligrosos *gangsters*, ¿no?

—Eso es lo que dice la policía, vaya usted a saber, señorita.

—¿Llegó usted a conocerlos, señor Johnson?

El hostelero miró fijamente a su bella cliente.

—¿Quién le ha dicho que yo me llamo Johnson? —preguntó.

—Me recomendaron su hostería en Edimburgo —contestó Gía, sonriendo atractivamente.

—Ya —murmuró Johnson.

—Hablabamos de los Pittayn —dijo ella.

—Sí, los vi aquí un par de veces. Comprenderá que no tuve demasiado trato con ellos. No hubo tiempo, sencillamente.

—Claro, claro —sonrió Gía—. ¿Qué le debo, señor Johnson?

Gía pagó la consumición. Se apeó del taburete y, con una mano, se estiró la falda, sin dejar de sonreír.

—Tengo que comprarme otra faja; se me sube constantemente —explicó—. Por cierto, se me olvidaba hacerle una pregunta. ¿Cuál es el camino de Leeray Tower?

—Una de las claves para entender este complicado asunto es la identidad del actual propietario de Leeray Tower —dijo Trautner, mientras Mavis llenaba una taza de té.

—¿Por qué dice eso, Harry? —preguntó ella.

—No se sabe dónde está ni quién es ni si vive siquiera.

—Pero los administradores de la finca...

—Los administradores saben que el hijo de lord Leeray, el que fue asesinado aquí, se casó hace veintiocho años y tuvo descendencia. De cuando en cuando, recibían una carta del propietario desde cualquier parte del mundo y ellos, entonces, liquidaban los beneficios obtenidos en el alquiler, descontando la parte de impuestos: A veces, había pérdidas, porque no había muchas personas que se decidiesen a vivir en Leeray Tower.

—Y ese nieto de lord Leeray no quiso vender la propiedad, por lo visto.

—Así es. Siempre rechazó las propuestas de la firma que lleva sus asuntos. Hace dos años, en fin, los administradores recibieron la noticia de la muerte del último descendiente de lord Leeray y de su esposa, ahogados ambos en el naufragio de su yate.

—¿También con los hijos?

Trautner se encogió de hombros.

—Se sabe que la señora Leeray quedó en estado de buena esperanza, pero su esposo no se molestó nunca en comunicar el nacimiento del vástago.

—Es decir, que hoy día se desconoce quién es ese heredero.

—Efectivamente, Mavis.

—Y usted cree que es un elemento clave para desentrañar este misterio.

—Sí.

—¿Por qué?

—Se ha sabido que el padre de ese vástago estuvo aquí hace unos seis o siete años, una visita muy corta, posiblemente de horas tan sólo. Visitó su posesión, naturalmente, y luego se marchó.

—Y entonces fue cuando, seguramente, dejó...

—Sí. Había estado en la India y regresó a Inglaterra. No visitó siquiera a sus administradores, aunque sí habló por teléfono con uno de los miembros de la firma, enterándose sucintamente de sus asuntos económicos en Escocia. Aprobó el breve informe y dijo que se lo envasen ampliado y por escrito a Palma de Mallorca, adonde se iba en un nuevo crucero. Se sabe que lo recibió, pero eso es todo, Mavis.

La joven se quedó muy pensativa durante unos momentos.

—Y ya no ha vuelto más —dijo al cabo.

—No. El yate naufragó y él y su esposa murieron. Pero el hijo ha desaparecido.

—¿No perecería también en el naufragio?

—El viaje que acabó en tragedia fue emprendido desde Ceylán. Las autoridades portuarias de Colombo aseguran que lord Leeray y su esposa viajaban solos a bordo del yate.

—Entiendo. El problema ahora, consiste en encontrar al heredero.

—Sí, Mavis.

—¿Qué me dice del asesino de los dos hermanos Pittayn?

Trautner se encogió de hombros.

—Se lo tragó la tierra —contestó.

—Por lo visto, ellos querían también el botín.

—Sí, claro.

—Me pregunto cómo llegaron a enterarse —dijo la chica.

—Estaban muy relacionados con el hampa de Londres. El secreto del último lord Leeray es menos secreto de lo que parece.

—Sí, es un secreto a voces —convino Trautner, y en aquel momento llamaron a la puerta.

Mavis y el joven cambiaron una mirada. Ella se puso en pie.

—Vaya sin miedo —aconsejó Trautner.

Ella hizo un gesto de asentimiento y abandonó el salón.

CAPÍTULO VII

Mavis y Gía Lane se contemplaron durante unos instantes. La recién llegada sonreía de un modo franco y abierto.

—Soy periodista —manifestó—. Me interesaría muchísimo tener una entrevista con usted, señorita Effory.

—No tengo nada que declarar —contestó Mavis con cierta sequedad.

—¿De veras? Han ocurrido aquí tantas cosas interesantes...

—Usted habrá leído los periódicos también. Ya está dicho todo.

—No es usted muy amable con una persona que tiene que ganarse la vida —se quejó Gía.

—Lo siento, señorita; si es eso todo lo que tenía que decirme, la entrevista se ha terminado ya.

Gía sonrió.

—Cualquiera diría que tiene usted algo que ocultar —dijo.

Mavis apretó los labios.

—Tengo que ocultar mi intimidad —contestó.

Y cerró de un portazo.

Volvió al salón.

—Está usted muy agitada —observó Trautner—. ¿Quién era?

—Una periodista. Lo siento, me ha puesto de mal humor —respondió Mavis.

Trautner se acercó a la ventana. Gía embarcaba en aquel momento en su coche, un elegante deportivo rojo, con la capota bajada.

Gía miró hacia la ventana y sonrió, dándose cuenta de que era observada. Con plena deliberación, dejó que la falda se le subiese muy arriba de las rodillas.

—Tenía usted razón, Mavis —dijo Trautner—. Esa mujer no es ninguna periodista.

La joven se sorprendió.

—¿Cómo? ¿La conoce usted? —preguntó.

—Sí. Es una tal Gía Lane.

Mavis corrió hacia la ventana. El coche arrancaba en aquel momento.

—¿De dónde es esa mujer? —preguntó.

—Vive habitualmente en Londres, aunque alterna con estancias en Edimburgo.

—Pero ¿qué es lo que hace? Ella dijo que es periodista...

Trautner se echó a reír.

—Informa, pero no a sus lectores, sino a su público —contestó—. Les informa detalladamente sobre la perfección de sus formas anatómicas.

Mavis se quedó sin aliento.

—Oh —exclamó—. Es una... artista.

—Para lo que ella hace no se necesita ser muy artista, sino tener buen tipo.

—Y carecer de vergüenza —añadió Mavis, que era algo anticuada en ciertos aspectos.

La Hostería del Ganso tenía tres entradas: la de la taberna, que comunicaba con la pequeña recepción del ala destinada a huéspedes, la otra puerta que daba con el ala ya citada y una tercera, situada en la parte posterior del edificio, el cual abarcaba ambos conjuntos. Harry Trautner eligió la última de tales entradas.

Era una puerta, evidentemente, destinada al servicio. Trautner caminó por la calle posterior y llegó a la puerta, que se hallaba sumida en una oscuridad casi absoluta.

Tanteó el picaporte y lo encontró sin la llave echada. Un momento después, avanzaba a lo largo del pasillo hasta alcanzar la escalera que conducía a los dos pisos destinados a huéspedes.

Subió al segundo piso y buscó la puerta que tenía en su frontis el número 14. Todo el mundo parecía descansar en la posada.

Tocó suavemente con los nudillos. Alguien se movió al otro lado.

—¿Quién es?

Trautner no contestó. Prefirió llamar de nuevo y esperar.

La puerta se abrió un poco. A través de la rendija, se divisó un ojo humano.

—Hola, «Cuerpo Bonito» —saludó Trautner jovialmente.

Sonó una exclamación. Gía Lane quiso cerrar, pero Trautner

había metido ya el pie y su esfuerzo resultó inútil.

—Gritaré —dijo ella airadamente, aunque sin levantar la voz.

—Peor para ti —contestó Trautner con glacial acento—. ¿Cedes o empujo?

Gía se resignó y se apartó a un lado. Trautner cruzó el umbral y cerró a sus espaldas, apoyando a continuación los hombros en la puerta, mientras volvía a sonreír.

—Me extraña verte por aquí, Gía —dijo.

Ella se encogió de hombros.

—Farndone es un lugar muy pintoresco —respondió desabridamente.

—Tan pintoresco, que estimula la mente y nos hace creer lo que no somos. Tú, por ejemplo, una periodista en lugar de una renombrada exhibidora de tus innegables encantos anatómicos.

—¿Cómo sabes que...?

—Estaba en Leeray Tower cuando fuiste esta tarde para ver a su actual ocupante —explicó Trautner.

Gía se mordió los labios y buscó su cajetilla de tabaco. Vestía solamente una bata de tejido no ciertamente opaco.

Trautner le ofreció fuego. Gía le disparó una bocanada de humo a la cara.

—¿Qué hace aquí el entrometido sargento de Homicidios de la policía de Edimburgo? —preguntó.

—Estoy trabajando en un caso especial. Por eso me disgusta tu presencia en Farndone, Gía.

—Mi caso también es especial...

—Por valor de un cuarto de millón de libras esterlinas, ¿verdad?

—Lo sabes todo —dijo ella rabiosamente.

—Es el oficio, pero, que yo sepa, hasta ahora no te habías metido en esta clase de asuntos. ¿Quién te lo dijo?

—¿Estoy obligada a responderte?

—Mi visita es extraoficial, desde luego, aunque de ella podrían derivarse para ti, más adelante, consecuencias nada gratas. Gía, te ganas bien la vida. No me gusta tu profesión, pero las hay peores. Vuélvete a Londres mejor que a Edimburgo.

—¿Es ése el consejo que me das?

—Totalmente gratuito y absolutamente sincero.

—¿Y si me quedase en Farndone, Harry?

—Se han cometido ya cuatro asesinatos. En este caso, la vida humana carece de valor.

Gía palideció.

—No me digas que a mí...

Trautner hizo un gesto de indiferencia.

—Ni digo ni dejo de decir —contestó—. Me limito solamente a darte cuenta de los hechos. Si les estorbas, te apartarán de en medio como si fueses un vulgar insecto.

La miró de arriba abajo críticamente.

—Y tú no tienes nada de vulgar —añadió.

Gía parecía sentirse nerviosa.

—Me dio la sensación de que podía resultar un asunto interesante —dijo en tono quejumbroso.

—Y lo es, pero tú podrías perder el interés de pronto si te metiesen veinte centímetros de buen acero de Sheffield en el centro de tu hermoso pecho. O tomaran tu nuca como blanco para los disparos de una pistola. Vuélvete a Londres, Gía; me agradecerás el consejo.

—E... está bien, me iré mañana por la mañana. ¿De veras lo encuentras tan peligroso, Harry?

—Para ti, insisto, peligrosísimo. Eres muy experta en otra clase de asuntos, pero en éste eres una completa novicia. Vete, Gía, vete.

—Si tú lo dices —suspiró ella, dejando caer los brazos a lo largo de los costados.

—Gracias, «Cuerpo Bonito». Ah, una pregunta todavía.

—Sí, Harry.

—¿Cómo te enteraste del asunto? Supongo que no tendrás inconveniente en decírmelo.

—¿Cómo pago del consejo?

—Exactamente.

Gía onduló insinuantemente hacia Trautner y rodeó su cuello con sus mórbidos brazos.

—Quiero otra cosa para pago del consejo —suspiró con fuerza.

—De acuerdo, pero antes dame la respuesta.

—Fue Ben Himminson, Harry —dijo Gía, todavía colgada del cuello de Trautner.

—¿El dueño de The Paradise Cave? —exclamó él, sorprendido.

—Sí, el mismo.

—Pero ¿cómo...?

—No lo sé. Mi camerino está pared por medio de su despacho. Hay una grieta, lo descubrí aquella noche, y a través de ella se filtraban los sonidos, pero no pude ver nada, porque al otro lado hay un cuadro colgado de la pared.

—Sigue, Gía, esto se pone muy interesante. ¿A quién se lo decía Himminson?

—No lo sé. Hablaba con dos. Uno contestaba apenas con gruñidos. El otro era el que más respondía a Ben.

—¿Oíste algún nombre?

—No, pero ese tipo tenía una voz muy extraña, medio carrasposa, medio estridente...

—El Carraca —dijo Trautner.

—Sí, eso mismo. Su voz sonaba como la de una carraca... ¿Sabes quién es?

—Su nombre más usual es el de Burton Sharkus, Gía, y siente hacia la vida humana el mismo apego que tú sientes hacia el cascarón de un huevo. Vuelve a Londres y olvida este asunto, ¿me entiendes?

—Empiezas a asustarme, Harry. Me volveré a Londres..., pero no olvides que has prometido pagarme el consejo.

—Lo haré después de que me digas si pudiste enterarte de un próximo viaje de El Carraca a Farndone.

—No, ya no escuché nada más. Tenía que salir a escena, ¿comprendes?

Trautner se resignó. Después de todo, pagar de la forma que pedía la hermosa Gía Lane no resultaba desagradable en absoluto.

Farndone era un pueblo muy tranquilo, pero aquella mañana su calma se vio turbada por el ensordecedor estrépito de varias motocicletas de gran potencia, que atravesaron la calle principal a toda velocidad, hasta detenerse ante la Hostería del Ganso.

Los ocupantes de los vehículos, entre los que figuraba una mujer, entraron en la taberna con gran estrépito. Todos ellos llevaban largas melenas y vestían chaquetas de cuero negro y pantalones muy ajustados. Dos llevaban cascos del ejército alemán y un tercero llevaba casco militar británico, adornado con un estrepitoso penacho de plumas multicolores.

La chica llevaba un pañuelo rojo ceñido a las sienes. Era más

bien baja, pero de formas opulentas y vestía de la misma manera que sus compañeros. Además, llevaba varios collares de gruesas cuentas de madera.

Johnson miró de reojo a aquellos ruidosos clientes. Conteniendo las ganas de echarlos a la calle, les preguntó qué deseaban beber.

—Marihuana líquida —dijo uno de ellos, provocando las risas de los demás.

—Aquí no se venden esas porquerías —contestó el tabernero indignado.

—Bueno, entonces pónganos cerveza sin alcohol —pidió la chica desenvueltamente.

Johnson trató de armarse de paciencia.

—Tampoco tenemos de eso —dijo.

—Entonces, ¿qué rayos venden aquí? —gritó otro melenudo—. ¿Té para las viejas? Nosotros somos jóvenes; queremos algo explosivo.

—Ginebra con *whisky* —sugirió otro.

—¡De acuerdo! —vociferaron los restantes.

—Pero que sea en vaso grande —exigió la chica.

Johnson temblaba de rabia, pero también de miedo. Con aquellos tipos no se sabía lo que podía pasar.

Armándose de paciencia, preparó las bebidas. La chica, de repente, gritó:

—¡Muchachos, subidme al mostrador!

Dos de los jóvenes la sentaron en la barra. Ella, volviéndose a medias hacia el tabernero, manifestó:

—Queremos que nos diga el camino de Leeray Tower. ¿Le costará mucho?

—Nada, en absoluto —contestó Johnson, quien, acto seguido, suministró la información solicitada.

La chica tenía su vaso en la mano. Apenas tuvo la respuesta, lo tiró por encima de sus hombros, sin preocuparse de dónde caía.

—¡Hurra! —gritó—. ¡Ya sabemos ir a Leeray Tower! ¿Nos vamos, chicos?

Seis vasos, cuyo contenido no había sido tocado siquiera volaron por los aires para romperse estruendosamente contra el suelo, que quedó encharcado por el licor. El grupo se dirigió hacia la salida, gritando con renovados bríos, mientras el tabernero se mordía los

puños de rabia.

—¡Eh, que se marchan sin pagar! —gritó.

Lulla Mac Cass se volvió desde la puerta.

—¿Cómo vamos a pagar si no hemos bebido nada? —rió desaforadamente.

Seis atronadoras carcajadas fueron el eco a sus palabras. Instantes más tarde, siete poderosas motocicletas, con ruedas de grandes dimensiones, partían a toda velocidad hacia Leeray Tower, en medio del asombro y aun del espanto de los ciudadanos de Farndone, que no habían presenciado jamás nada semejante, salvo en los noticiarios de la televisión.

CAPÍTULO VIII

El estruendo de las motocicletas hizo que Mavis separase su vista del papel a medio escribir que tenía en el rodillo de la máquina.

Una gran extrañeza invadió su ánimo al ver a los siete ocupantes de los pequeños vehículos. Instantes más tarde, cesaba el petardeo de los motores.

Mavis decidió enterarse de los motivos de la presencia de aquellos energúmenos en la casa. Se puso en pie y olvidó su trabajo por el momento.

Mientras, los siete motoristas habían llegado a la casa.

—¿Llamo? —preguntó uno de ellos.

—No —dijo Lulla—. Rod, abre.

Rod Kerst era un gigante de dos metros de estatura y noventa y ocho kilos de peso.

Su pie derecho golpeó la puerta, cuya cerradura saltó inmediatamente con enorme estrépito. Varias manos palmearon las anchas espaldas del hombrón.

—Bien, Rod.

—Buena llave, pequeñín.

—Si había polillas en la madera, se han muerto del susto.

La pandilla irrumpió en la casa alborotadamente. Al ruido, acudió la señora Dickens, llena de enojo.

—¿Qué se han creído ustedes? ¡Salgan de aquí...!

—¡Mirad la gorda, quiere echarnos de casa! —gritó Lulla riendo.

—¿La asamos? —propuso Alf Weddcox.

—Eso, eso —dijo Bart Chelford—. Tenemos hambre...

—Allí hay una hermosa mesa. ¿Quién busca el asador? —gritó Matt Barleside.

La señora Dickens estaba aterrada.

—Llamaré a la policía...

Lulla se puso en jarras frente a la mujer.

—Rod, quítame de en medio a este saco de grasa —ordenó.

—Con mucho gusto, preciosa —accedió el gigante.

—Yo te ayudaré, Rod —se ofreció Carl Mostee, que también era muy fuerte.

La señora Dickens, aterrada, dio media vuelta y trató de escapar. Los dos hombres corrieron tras ella y la alcanzaron fácilmente, levantándole en vilo acto seguido, mientras los demás entonaban una canción humorística.

Momentos después, se oía un tremendo portazo. Kerst y Mostes volvieron, limpiándose las manos.

—Listo.

—Un obstáculo menos.

—Todavía queda otro —anunció Barleside de repente.

Había hablado mirando en dirección a la escalera que conducía a los pisos superiores. Lulla y los demás volvieron la cabeza.

—Vaya, si hay otra inquilina aquí —dijo riendo Bart Chelford.

—Tengo alquilada esta casa para mi uso particular manifestó Mavis dignamente, desde el centro del tramo de escaleras más próximo al vestíbulo. —Por tanto, les ruego que abandonen la casa inmediatamente, antes de que sea demasiado tarde.

Sonaron algunas risitas. Con aire desenvuelto, Lulla se acercó a la escalera y desde allí miró a la joven.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Soy Mavis Effory y...

Lulla Mac Cass chasqueó los dedos.

—En tal caso, Mavis, voy a darte un consejo: haz tus maletas y deja Leeray Tower inmediatamente. Ya no eres la inquilina de este repugnante caserón, ¿entendido?

Durante unos segundos, Mavis no pudo hablar a causa de la indignación que sentía. Luego, reaccionando, emprendió el descenso de la escalera.

—Voy a avisar a la policía —anunció, tratando de mostrar tranquilidad.

Lulla la dejó pasar por su lado. De repente, sin previo aviso, la agarró por un brazo y tiró de ella con fuerza.

Mavis gritó al perder el equilibrio. Lulla golpeó su costado izquierdo con el puño y la joven cayó de rodillas, los ojos llenos de lágrimas y sin aliento.

Indiferentemente, Lulla la empujó con la rodilla y Mavis rodó por el suelo. Los otros reían con gran alborozo.

—Matt, Bart, subid a la habitación de esta presumida y traed sus maletas.

Chelford y Barleside obedecieron prontamente la orden. Chelford apareció de pronto con una máquina de escribir en las manos.

—¡Agarra esto, no sea que se vaya a romper, Rod! —gritó.

El gigante extendió las manos cuando vio volar la máquina por los aires, pero en el último instante dio un salto atrás y el artefacto se estrelló contra el suelo con tremendo ruido.

Sonaron varias carcajadas. Barleside apareció con una maleta en las manos.

—¡Ahí va, chicos!

La maleta chocó contra el suelo del vestíbulo y se abrió al golpe.

—Pero está vacía —dijo Weddox.

—Ahora echamos las ropas —contestó Barleside, riendo como un loco.

Mavis estaba todavía sentada en el suelo, en el que tenía apoyadas ambas manos. Creía soñar.

¿De dónde había salido aquella pandilla de energúmenos? ¿Qué pretendía con su salvaje invasión?

Barleside y Chelford aparecieron en el arranque de la escalera, cargados con sendos brazados de ropa femenina, que empezaron a arrojar en medio de grandes risotadas, a la vez que emitían burlonas exclamaciones con voz aflautada. De repente, Chelford, que se disponía a lanzar una prenda al aire, detuvo su gesto y quedó con la mano extendida.

Lulla se volvió. Parado en la puerta, contemplando el espectáculo con ojos de pasmo, estaba Harry Trautner.

El detective vio a Mavis todavía en el suelo y su primer impulso fue correr para ayudarla. Un pie se interpuso venenosamente en su camino y Trautner rodó por el suelo de modo aparatoso.

Trautner se puso en pie de un salto y se revolvió furiosamente contra el que acababa de ponerle la zancadilla. Un segundo después, Weddox caía fulminado al suelo, a consecuencia de un seco rechazazo dirigido a su mandíbula.

Sonaron algunos gritos de rabia. Mostee metió la mano en su

bolsillo y sacó algo que chasqueó de repente.

—Pégame a mí —dijo, con ojos fulgurantes de rabia.

—Déjemelo —gritó Kerst desde lo alto de la escalera.

—¡No! —contestó Mostee—. La presa es mía, Rod.

—¡Adelante con él, Carl! —dijo Lulla de buen humor.

Trautner contempló la navaja que brillaba en la mano de Mostee. El sujeto se le acercó lentamente, obligándole a retroceder.

De pronto, Trautner se sintió pegado a la pared. Mostee movió la mano fulgurantemente.

Mavis chilló. Se oyó ruido de tela cortada.

La manga izquierda del traje de Trautner había sido rasgada sin que el acero rozase siquiera la carne de su brazo. Mostee reía enloquecido.

Trautner le miró a los ojos. ¿Estaba drogado aquel individuo?

De repente vio algo en Mostee que le hizo sentir una enorme extrañeza. Pero casi en el acto tuvo que saltar a un lado para esquivar un segundo navajazo.

Esta vez, sin embargo, consiguió apoderarse de la muñeca de Mostee. Pero su adversario era muy fuerte y resistió.

Los dos hombres rodaron por el suelo, forcejeando como salvajes, mientras Mavis contemplaba la escena con ojos desencajados. De repente, la bota derecha de Tom Peters alcanzó la sien de Trautner.

El joven se quedó quieto en el acto. Mostee se puso en pie, resoplando trabajosamente.

—Diablos —exclamó, jadeante—. Era un tipo duro de pelar.

—¡Basta! —cortó Lulla—. Ya hemos hablado bastante. Ha llegado la hora de actuar.

Kerst tiró las ropas que aún tenía en las manos y descendió la escalera a saltos.

—¿Qué hacemos con éstos? —preguntó.

—Buscad una habitación y encerradlos con llave —ordenó Lulla fríamente—. Nosotros empezaremos inmediatamente la «Operación Doce Estrellas».

—Está bien —contestó Kerst—. Vamos, ayudadme, chicos; tenemos que cargar con este entrometido.

Barleside se acercó a Mavis.

—¿Cargo yo con esta beldad? —preguntó.

—¡Déjala! —chilló Lulla—. Ella puede moverse por su pie. Vamos, rápido; ya hemos perdido demasiado tiempo.

Mavis se había puesto en pie y siguió a los intrusos hasta una habitación situada en el primer piso. El cuerpo inconsciente de Trautner fue lanzado al centro de la estancia sin ceremonias.

Kerst cerró la puerta, no sin antes soltar una estrepitosa carcajada:

—¡Divertirse, tórtolos!

Mavis trató de serenarse. Trautner yacía en el suelo, inconsciente, aunque respiraba con normalidad.

La muchacha miró a su alrededor. El mobiliario de la estancia era antiguo y había un lavabo con su jarra.

Mavis examinó la jarra. Con gran alivio por su parte la encontró llena de agua.

Abajo se oía un gran estruendo. Mavis procuró reanimar a Trautner, lo que consiguió a los pocos minutos.

El joven se sentó en el suelo. Hubo de pasar algún tiempo todavía antes de que se sintiera recuperado.

—Me golpearon —dijo, a la vez que hacía una mueca.

—Sí, le pegaron una patada en la cabeza.

Trautner miró a la muchacha. Mavis estaba frente a él, arrodillada, sentada sobre sus talones.

—¿Le han hecho daño a usted? —preguntó.

—No, profundamente, aunque me han hecho pasar mucho miedo. ¿De dónde han salido esos salvajes? ¿De alguna película de juventud descarriada?

—Ojalá fuera así —contestó Trautner quejumbrosamente. Hizo un esfuerzo y se puso en pie.

—¿Por qué dice eso, Harry? —inquirió ella, extrañada.

El ruido continuaba por todas partes. Se oía estruendo de muebles volcados y tratados sin piedad por los asaltantes, mezclados de cuando en cuando por estentóreos alaridos y desaforadas carcajadas.

—Van a arrasarlo la casa —dijo él sombríamente.

—Eso me temo, Harry. No comprendo qué es lo que pretenden. Destruyen por destruir...

—En el caso de estos energúmenos, no es más que una ficción, desoladora si se quiere, pero ficción al fin y al cabo.

Mavis le contempló extrañada.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿Trata de sugerir que no son auténticos...?

El ruido se acalló casi repentinamente.

Trautner y Mavis intercambiaron una mirada de extrañeza. Luego, casi a una, corrieron hacia la ventana.

Había un coche parado frente a la casa. Era de gran tamaño y sus ocupantes habían descendido ya. Sólo quedaba el conductor, sentado tras el volante.

—Leeray Tower se está poniendo muy concurrido en los últimos tiempos —dijo Trautner con acento filosófico.

—Ese coche me da mala espina, Harry —declaró Mavis aprensivamente.

—¿Crees que yo me siento mejor? Pero lo que más me preocupa es que ya no se oye ningún ruido y me gustaría saber qué es lo que ha hecho callar a esos salvajes.

CAPÍTULO IX

Los cuatro hombres que se apearon del automóvil aparecían ceñudos más que serios y se dirigieron con paso rápido hacia la casa. Ben Himminson se quedó muy extrañado al ver la cerradura saltada.

—Cuidado —advirtió—. Debe de haber alguien en la casa.

Burton Sharkus hizo un gesto con la mano. Duck Hennen y Ray Mills metieron sus manos en el interior de las chaquetas respectivas.

—No uséis la artillería a menos que yo lo ordene —dijo Sharkus con su característica voz que le había valido el apodo de El Carraca.

Mills empujó la puerta con precaución. Dentro de la casa se oía un estrépito infernal.

—¿Es esto un manicomio? —masculló.

Uno a uno, los cuatro individuos fueron penetrando en el vestíbulo. De repente, apareció Bart Chelford, con una silla tapizada en una mano y la navaja en la otra.

Al ver a los recién llegados lanzó un agudo chillido.

—¡Eh! —gritó—. Venid, pronto, hay visita.

Se oyeron pasos presurosos. Sharkus y sus acompañantes se quedaron pasmados al ver aparecer jóvenes melenudos por todas partes.

—¿De dónde han salido estas caras de palo? —preguntó Peters desde lo alto de la escalera.

Lulla extendió una mano.

—Dejad que yo me entienda con ellos —ordenó.

Bajó poco a poco y se encaró con Sharkus.

—¿Qué queréis, guapos? —preguntó, con ambas manos en las caderas.

Sharkus la miró fríamente. Era un sujeto fornido, de hombros cuadrados y rostro pétreo.

—¿Vives aquí? —preguntó.

—A ti, ¿qué te parece, cara de palo? —contestó Lulla.

La mano de Sharkus se movió relampagueante. Alcanzada de revés, Lulla dio un par de vueltas sobre sí misma, y acabó de bruces sobre un diván, a la vez que lanzaba un agudo grito de dolor.

Kerst, el gigante, emitió un bramido de rabia y se precipitó hacia Sharkus. El Carraca no se movió siquiera.

Hennan cortó el paso a Kerst, con una pistola que apoyó en su boca.

—Un solo gesto y te saco los dientes por la nuca —dijo.

Kerst se puso lívido.

—Retrocede —ordenó Sharkus.

El gigante obedeció. Los otros aparecían inmóviles, más asombrados que atemorizados.

—A mí no me asustan las pistolas —gritó Weddcox de repente.

Y sacó su estilete.

Mills salió al encuentro de Weddcox.

—Conque no te asustan las pistolas, ¿eh? —dijo torvamente.

—Me disgustan los tipos que quieren presumir de valientes y se tapan la cabeza con las sábanas, después de ver una película de miedo —exclamó Sharkus despectivamente—. ¡Levanta tu mano derecha y apoya en la mejilla la punta de tu estilete, mequetrefe!

Weddcox se puso mortalmente pálido. Sharkus añadió:

—¿Ray?

—Sí, jefe.

El pistolero levantó el arma y apoyó su cañón en la frente de Weddcox. Era un revólver de calibre treinta y ocho con silenciador.

—Obedece, esquema de hombre —dijo mordazmente.

Amartilló el revólver en medio de un silencio total. Weddcox, lleno de pánico, hizo lo que le decían.

Entonces, la mano de Mills se movió con rapidez y la hoja penetró en la mejilla de Weddcox. Se oyó un aullido de dolor.

Weddcox se tambaleó. El arma había escapado de sus manos.

La sangre brotaba de su mejilla. Sollozaba de dolor.

Sharkus hizo un gesto.

—Echadlos de aquí —ordenó.

—Fuera, escoria —dijo Hennan.

—Son unos duros de pacotilla —exclamó Himminson riendo despectivamente.

Lulla fue la primera en recobrase.

—Vámonos, chicos; ya nos llegará el momento de desquitarnos de estos gangsters de película barata —dijo.

El grupo se dirigió hacia la puerta. Weddox se había aplicado un pañuelo a la mejilla para contener la hemorragia.

Lulla y sus acompañantes salieron. Mills pegó una patada a la puerta.

—Ahora nos toca a nosotros. ¡Vamos! —exclamó Sharkus.

Lulla se había detenido junto a la entrada. Con ojos interesados contempló el automóvil que había parado a pocos pasos de distancia.

—Escuchad —dijo—. ¿Queréis tomaros el desquite de esos forajidos?

Varios pares de ojos brillaron de alegría.

—¿Qué idea se te ha ocurrido? —preguntó Barleside.

Lulla expuso su plan. Sonaron algunas voces aprobatorias.

—Muy bien —dijo ella, al terminar—. Yo empezaré. Vosotros seguidme la corriente.

Mavis y Trautner estaban asomados a la ventana del piso superior.

—Si pudiéramos escapar de aquí —dijo ella.

—No tenga prisa. Todo llegará.

—¿Tiene usted una pistola?

—¡Pues claro que sí! Pero sólo debo usarla en casos muy extremos.

—¿Y no se le ha ocurrido pensar que estamos en un caso extremo? —preguntó Mavis, picada.

—Cállese y mire. Aquí va a suceder algo muy interesante.

Lulla había llegado al automóvil. Pete Collins, el conductor, la miró recelosamente.

—Largo, zorra —la increpó.

Lulla no hizo caso del insulto y se apoyó en la ventanilla derecha del vehículo.

—¿Te gusta el coche, buen mozo? —preguntó.

—He dicho que te vayas...

—¿Adónde? —exclamó Kerst en aquel momento por la otra ventanilla.

Collins volvió la cabeza, sólo para encontrarse con un fenomenal

puñetazo en la mandíbula que lo dejó sin sentido instantáneamente. Kerst metió la mano y le quitó una pistola que llevaba en la funda sobaquera.

—Listos, chicos —exclamó el gigante.

Lulla y los seis hombres se colocaron en el lado izquierdo del coche y lo agarraron por el borde inferior.

—Ahora, todos a una —ordenó. Lulla.

Las hercúleas fuerzas de Kerst resultaron decisivas. El coche se levantó poco a poco y acabó por volcar con gran estrépito.

—A prepararse, chicos —gritó Lulla.

—Son unos salvajes —calificó Mavis.

—La verdad es que lo hacen muy bien —sonrió Trautner.

Al oír el ruido, Mills corrió hacia una ventana y vio el coche volcado. Un aullido de rabia brotó en el acto de sus labios.

—¡Jefe, venga en el acto!

Sharkus y los otros corrieron hacia la ventana. Sharkus se deshizo en imprecaciones al ver su costoso automóvil de costados.

—Hay que dar a esos salvajes una lección que no olviden jamás —gritó.

Hennan fue el primero en correr hacia la puerta. Al otro lado, ansiando vengar la humillación sufrida, estaba Weddcox.

Weddcox tenía en la mano un monumental pedrusco, procedente de uno de los linderos de adorno de los jardines. Hennan se asomó a la puerta y Weddcox le estampó la piedra en plena cara.

El pistolero retrocedió tambaleándose, arrojando sangre por la boca y nariz. Una lluvia de piedras entró en la casa a través de la puerta abierta.

Himminson recibió una pedrada afortunada, puesto que sólo le rozó la siente, haciéndole sangrar en abundancia. Otra piedra alcanzó a Mills en pleno pecho, haciéndole trastabillar. Golpeó involuntariamente a su jefe y Sharkus rodó por tierra, jurando como un poseído.

Las piedras llovían como granizo. Arriba, Trautner reía de buena gana.

—La verdad es que lo están haciendo estupendamente —dijo.

Mills se recobró y cerró la puerta. Afuera se oyó el rugido de siete motocicletas arrancando a escape libre.

Orgullosa, desafiadora, Lulla dio una vuelta en redondo y desfiló

por delante de la casa, agitando la mano izquierda en señal de reto:

—¡Volveremos a vernos, bandidos de pacotilla! —gritó.

El grupo se perdió de vista. Trautner lanzó un suspiro de alivio.

—Por fin se fueron..., aunque tengo la impresión de que volverán —vaticinó.

—¿Cómo puede afirmarlo, Harry? —preguntó la muchacha.

—Muy sencillo —contestó él—. Ese grupo de salvajes motorizados son personas que se han disfrazado para la ocasión. No hay ninguno menor de veinticinco años y la mayoría usaban pelucas. Todo era ficción en ellos, ¿comprende?

—Sí, pero ¿por qué?

—¿No le parece un bonito disfraz para asaltar una casa y registrarla a fondo, bajo el pretexto de un destrozo hecho en apariencia por el puro placer de destrozar las cosas?

Mavis se quedó boquiabierta.

—Desde luego, pero ¿qué buscaban?

—No haga preguntas tontas —rezongó él. Y se dirigió hacia la puerta—. Me gusta tratar con la gente normal, como los gangsters que tenemos ahora dentro de la casa.

Ella levantó los brazos.

—¡Qué hombre! ¡Llama gente normal a unos peligrosos pistoleros! —Exclamó.

—Según cómo se miren, lo son menos que esa pelirroja y sus seis salvajes acompañantes —contestó Trautner, a la vez que forcejeaba con la cerradura.

Había un hombre registrando el dormitorio de Mavis, ya convertido en una pura ruina por la incursión de los «chaquetas de cuero». Mills no se enteró de que había otra persona en la estancia hasta que sintió el frío de una pistola en la nuca.

—Levanta las manos —ordenó Trautner.

El pistolero se estremeció. Un segundo después, su revólver pasaba a poder del sargento.

—Media vuelta y hacia la escalera.

Mills obedeció resignadamente. Mavis siguió a los dos hombres.

Hennan estaba en la planta baja, con un pañuelo ante las narices. Al ver a su compañero encañonado, metió la mano dentro de su chaqueta, pero Trautner lo inmovilizó con una seca orden:

—Saca la pistola y te dejo frío.

Hennan se quedó inmóvil. Trautner dio otra orden:

—Las manos sobre la nuca. Los dos, rápido.

Los pistoleros obedecieron. Trautner desarmó a Hennan, quien tenía la cara hecha una lástima, y luego volvió a hablar.

—Uno de los dos debe llamar a los otros. Tú, por ejemplo, Mills, grita que ya lo has encontrado, pero pon convicción en el acento o te costará caro. ¿Entendido?

Mills tragó saliva. Luego lanzó un aullido:

—¡Jefe, venga, ya lo hemos encontrado!

Trautner agarró a Mavis con una mano y tiró de ella, situándose ambos junto a una pared. Casi en el acto se oyeron pasos apresurados.

Sharkus y Himminson aparecieron rápidamente.

—¡Arriba las manos! —Oyeron ambos, como en una pesadilla.

Los dos sujetos se quedaron estupefactos.

—Pero ¿qué...?

Trautner no dejó que Sharkus continuara hablando.

—En esta casa sobran los cinco —dijo—. Váyanse y no vuelvan más por aquí.

—Usted no puede ordenarnos una cosa semejante —protestó Sharkus.

—Pero yo sí puedo —exclamó Mavis, adelantando un paso—. Soy la ocupante legal de la casa y tengo perfecto derecho a ordenarles que la abandonen.

—¿Han oído? —preguntó Trautner.

Sharkus y Himminson cambiaron una mirada.

—Vámonos —dijo el primero torvamente.

Momentos después, cruzaban la puerta. Collins salía a gatas del coche volcado en aquellos instantes.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó aturdido.

Furioso, Sharkus le asestó una patada que lo hizo rodar por el suelo.

—Maldito imbécil —dijo coléricamente—. Podías habernos ayudado y...

La voz de Trautner sonó burlona desde la casa.

—Carraca, no vuelvas más —por aquí a buscar algo que no te pertenece y que no encontrarás— gritó.

Sharkus apretó los puños.

—Ya veremos —dijo a media voz, conteniendo con dificultad la ira que sentía.

CAPÍTULO X

Los cinco pistoleros se alejaron, maltrechos y renqueantes. Mavis y Trautner estaban contemplándolos desde la puerta cuando, de pronto, oyeron unos golpes lejanos.

—¡El fantasma de lord Leeray! —chilló Mavis, asustada.

—¿A las cuatro y media de la tarde? —exclamó Trautner, atónito.

Los golpes se repetían con redoblada insistencia.

—Parece en la cocina... —dijo ella.

—Vamos a ver —propuso el joven.

Mientras se dirigían hacia la cocina, Trautner sacó y revisó su pistola, aunque luego la volvió a la funda sobaquera. De pronto, Mavis lanzó una exclamación:

—¡Cielos! Harry, nos habíamos olvidado de la señora Dickens.

—Es verdad, Mavis.

Entraron en la cocina. Los golpes continuaban repitiéndose.

—Aquí no hay nadie, Harry.

Los perspicaces ojos del joven recorrieron el interior de la cocina. De pronto, se fijó en una puerta, al otro lado del cual se oían los golpes.

—¿Adónde da esa puerta? —preguntó.

—Es la que conduce al sótano —contestó Mavis.

Trautner la abrió resueltamente. Encendió la luz y divisó ante sí un amplio rellano, del cual arrancaba una escalera que se hundía en las profundidades del edificio.

Pero los golpes seguían sonando.

—¡Aquí, Harry! —gritó Mavis súbitamente.

Trautner volvió la cabeza. A la izquierda, en el propio rellano, había una puerta, cerrada con llave, aunque ésta se hallaba puesta en la cerradura.

Trautner abrió. Tratábase de un cuarto de desahogo para los

útiles de la limpieza, de cierta amplitud, en cuyo interior se hallaba un extraño objeto, que llenó de asombro a la pareja.

—¡El ataúd! —exclamó la muchacha.

Los golpes provenían del interior del féretro. Trautner enfundó la pistola, que había sacado nuevamente a prevención, y soltó las presillas laterales del ataúd. Acto seguido hizo girar la tapa.

El congestionado rostro de la señora Dickens apareció inmediatamente.

—¡Gracias a Dios! —exclamó la buena mujer—. Creí que me iba a asfixiar...

Trautner ayudó a salir del ataúd a la señora Dickens.

—¿Se han marchado esos salvajes? —preguntó la mujer aprensivamente.

—Por fortuna —sonrió el joven—. ¿Se encuentra bien?

—Sí, aunque un traguito acabaría por recuperarme del todo. ¡Qué rato he pasado, señor Trautner!

—Lo creo, señora Dickens —sonrió el joven, mientras acompañaba a la mujer hasta la cocina. Mavis estaba ya buscando una botella de licor en una de las alacenas.

La señora Dickens se sentó en una silla.

—Si esto se repite muchas veces, acabaré padeciendo del corazón —manifestó.

—Son sucesos excepcionales —dijo Trautner.

Mavis llegó con un vaso mediado de licor.

—Gracias, señorita —dijo la mujer.

Trautner esperó unos momentos. Después de que la señora Dickens hubo tomado un par de sorbos, le hizo una pregunta:

—¿Quién llevó el ataúd al cuarto de la limpieza?

—Eso es lo que yo quisiera saber —respondió la interpelada—. Cuando vi que me iban a meter allí, casi perdí el sentido. ¡Salvajes!

Era para echarse a reír, aunque Trautner procuró guardar la compostura.

—De modo que no sabe cómo apareció el ataúd en ese cuarto —dijo Mavis.

—En absoluto, señorita. La primera noticia que tuve de ello fue cuando vi que me iban a encerrar en él.

—Es un misterio difícil de resolver, en efecto —convino Trautner—. Bien, señora Dickens, parece que el día ha estado un

tanto movido. En mi opinión, debiera regresar a Farndone y procurar descansar.

—Sí, me está haciendo falta, en efecto —concordó la buena señora—. Pero esos salvajes han hecho muchos destrozos...

—Nosotros arreglaremos lo más indispensable —dijo Mavis—. Mañana terminaremos al resto.

—Presentará una denuncia, supongo.

Mavis consultó silenciosamente con Trautner.

—Ya veremos —dijo él.

La señora Dickens se puso en pie.

—Voy a arreglarme un poco —manifestó—. Vendré mañana, como de costumbre.

—Desde luego, señora Dickens —sonrió Mavis.

Poco más tarde, la buena mujer abandonaba la casa, refunfuñando entre dientes. Desde una de las ventanas del salón, Mavis la vio marchar, mientras Trautner encendía un cigarrillo.

—Harry —llamó ella de pronto.

—Dígame, Mavis.

—¿Qué piensa del ataúd? Ahora ya no podrá decir que es una invención mía.

—No, no es invención suya, sino de otra persona, cuya identidad no se me ocurre por el momento —contestó el detective.

Burton Sharkus y sus cuatro acompañantes caminaban a pie por la estrecha carretera que conducía a Farndone. El grupo ofrecía un aspecto derrotado y abatido. Hennan, con la cara tumefacta, se quejaba casi continuamente.

—Habrà que enviar una grúa para que ponga el coche en su posición normal y que los mecánicos vean si está en condiciones de funcionar de nuevo —dijo Himminson al cabo de unos minutos de amargo silencio.

Sharkus prefirió callar. Trataba de disipar la ira que ardía en su ánimo. A su lado, Collins cojeaba ligeramente como consecuencia de la patada que su jefe le había asestado al salir del auto volcado.

Tendido de pecho sobre el suelo, oculto tras unos arbustos, Matt Barleside avizoraba el camino.

—Ya vienen —exclamó de pronto.

Lulla corrió a gatas hasta tenderse junto a Barleside. A seiscientos metros de distancia se divisaba el grupo de forajidos,

caminando en dirección al pueblo.

—Son peligrosos, Lulla —dijo Barleside.

—Lo sé, Matt. Por eso dejaremos que pasen.

—Y luego volveremos a la casa.

—Por supuesto.

Las motocicletas estaban ocultas en una hondonada cercana. Un cuarto de hora más tarde, Sharkus y sus acompañantes se habían perdido de vista.

—Vamos —dijo Lulla.

Corrió hacia su motocicleta, seguida de los demás. Los motores petardearon al instante.

Lulla dio gas a fondo y remontó la pendiente de la hondonada, saliendo al camino. Luego aceleró con casi toda la potencia del motor y se lanzó hacia Leeray Tower.

Seis motocicletas la seguían armando un estrépito infernal. De repente, Lulla vio ante sí a una mujer de mediana edad y cuerpo más bien rollizo.

Lulla hizo sonar su claxon escandalosamente. La señora Dickens apenas si tuvo tiempo de apartarse a un lado.

Seis motocicletas desfilaron atronando por su lado. La señora Dickens se convulsionaba de rabia.

—¡Salvajes! ¡Bárbaros! —Pero ninguno de los motoristas reparó en sus violentos apóstrofes.

El ruido de las motocicletas llegó a Leeray Tower y alarmó a sus ocupantes.

—¡Harry! ¡Vuelven otra vez! —gritó Mavis.

—No podrían pasar desapercibidos, aunque quisieran —contestó Trautner jovialmente—. Venga aquí, muchacha.

Mavis le siguió. Los dos se situaron junto a la puerta, segundos antes de que la primera máquina se detuviera frente al edificio.

Lulla se apeó de la motocicleta y se quitó la cazadora de cuero, que dejó negligentemente sobre el sillín. Se ajustó el cinturón de los pantalones vaqueros, sacando mucho el pecho, mientras los demás paraban sus vehículos.

—Vamos adentro, chicos.

Los seis hombres la siguieron sin vacilar. Lulla empujó la puerta y paseó la vista por el destrozado vestíbulo.

—Parece que no hay nadie —observó.

Trautner tenía agarrada a Mavis por un brazo, recomendándole silencio. Lulla y sus amigos acabaron de entrar en la casa y entonces el detective dijo:

—Hola.

Lulla se revolvió velozmente.

—¡Caramba! —exclamó sonriendo—. Pero si está aquí.

—¡Lulla! —gritó Mostee—. Déjame a mí. Yo tengo una cuenta que ajustar con él.

La chica sonrió maliciosamente.

—De acuerdo, Carl —accedió—. Anda, ve a por él.

Mostee metió la mano en el bolsillo de su cazadora y, con seco gesto, sacó y armó al mismo tiempo su navaja automática. Luego movió la mano izquierda significativamente.

—Anda, acércate, presumido. Quiero darte una lección que no olvidarás jamás en los días de tu vida. —Inspiró profundamente—. Cada vez que te mires al espejo, recordarás lo funesto que es meterse con Carl Mostee.

—¿De veras? —sonrió Trautner—. Yo creo que va a ser al contrario; serás tú el que se acuerde de este día.

—Bien, vamos a verlo.

Un súbito silencio se hizo de pronto en la casa. Mostee avanzó dos pasos con la mano por delante y, de súbito, dio un tremendo asalto.

Pero Trautner estaba ya prevenido. Esta vez elevó ambas manos, agarró el brazo de Mostee y lo hizo girar con violencia.

Levantó la rodilla derecha a la vez que hacían descender el brazo de su adversario. Sonó un seco chasquido y se oyó un aterrador alarido de dolor.

Mostee cayó arrodillado, agarrándose el brazo con la otra mano, la cara deformada por una inenarrable mueca de sufrimiento.

—¡Me lo ha roto! —gimió—. ¡Me ha roto el brazo!

Hubo un movimiento de estupefacción entre los acompañantes de Lulla. Otra navaja salió a relucir, pero Trautner cortó en seco el incipiente movimiento de rebeldía.

—¡Quietos! —ordenó, ya pistola en mano—. Pegaré un tiro al que mueva una sola pestaña.

Lulla y sus acompañantes se inmovilizaron. El herido seguía quejándose.

—Las navajas al suelo —ordenó Trautner.

Cuatro navajas resonaron sordamente. Trautner movió la mano izquierda.

—Dos de ustedes pueden llevarse a Carl. En el pueblo atenderán su brazo; allí hay un médico —indicó.

—Yo iré —dijo Lulla.

—No. Usted se queda, señorita...

—Lulla Mac Cass y el tratamiento es inadecuado.

—¿Señora Mac Cass?

—Sí.

—¿Cuál de ellos es su marido?

—Ninguno —contestó Lulla—. Murió hace dos años.

—Muy joven para ser viuda —observó Trautner.

Ella se encogió de hombros.

—Tengo veintisiete años —contestó.

—Está bien. Y ahora que ya sé quién es usted tenga la bondad de decirme por qué están en Leeray Tower.

—Primero, dígame usted con qué autoridad me formula esas preguntas —exigió Lulla.

Trautner sacó su tarjeta de identidad con la mano izquierda:

—Sargento Harry Trautner, de la Policía de Edimburgo, División de Homicidios —se presentó.

—¡Anda, un «poli»! —exclamó Chelford.

—Exactamente —corroboró Trautner—. Señora Mac Cass, le hice antes una pregunta.

Lulla sonrió extrañamente.

—Tengo pleno derecho a estar aquí —contestó—. Mi apellido de soltera es Leeray.

Hubo un momento de silencio. Mavis se sentía atónita ante la inesperada revelación.

Una de las ventanas estaba abierta. La urraca graznó burlonamente, posada sobre el antepecho.

CAPÍTULO XI

Trautner procuró sobreponerse a la impresión recibida.

—Nunca me hubiera imaginado... —musitó. De repente, exclamó—: Tendrá usted algún documento que pruebe sus afirmaciones, señora Mac Cass.

—Desde luego —contestó ella, sonriendo desdeñosamente—. Los mostraré cuando sea preciso, sargento Trautner.

—Pero entonces, ¿por qué ese extraño comportamiento? —intervino Mavis—. ¿Era necesario que actuase así en su propia casa?

Lulla se encogió de hombros.

—Estaba ocupada y yo necesitaba registrarla cuanto antes —contestó.

—Ésa no es explicación suficiente —dijo Trautner.

—¿Se hubiera ido ella si yo se lo hubiese pedido? —contestó Lulla, señalando a Mavis—. Yo sabía que Leeray Tower estaba alquilada y se me ocurrió la idea de venir con mis amigos.

—Todos ellos simulando lo que no son, señora Mac Cass.

—¿Cómo lo sabe usted? —Respingó la pelirroja.

Trautner sonrió.

—Ya no son unos jovencitos —contestó—. Y, un consejo, pueden quitarse las pelucas. No han engañado a todos.

Matt Barleside soltó un bufido.

—Lulla, tú no nos dijiste que podíamos encontrarlos con un polizone —dijo.

—¿Acaso lo sabía yo? —contestó la aludida.

—Está bien, pero ¿qué han venido a buscar aquí? —exclamó Mavis.

—La pregunta sobra —contestó Trautner.

Al hablar, miraba a Lulla, en cuyo rostro se vio aparecer un ligero rubor.

—Está bien, sí —dijo de mala gana—. He venido a buscar... eso.

—Podía haberlo hecho sin necesidad de recurrir a una ficción tan catastrófica —se quejó Trautner, señalando los destrozos en el mobiliario con un amplio ademán.

Lulla se encogió de hombros.

—La casa no me importa —respondió—. Usted ya sabe qué es lo que verdaderamente me interesa.

—Algo que vale un cuarto de millón, ¿no es cierto?

Entre los supuestos melenudos hubo un movimiento de sorpresa.

—¡Cómo! —gritó el gigante—. ¿Qué es lo que hay aquí que vale un cuarto de millón?

—¡Calla, Rod! —gritó Lulla.

—Ella dijo que sólo se trataba de un tesoro en monedas antiguas, que podría valer diez mil libras, a lo sumo —acusó Chelford, señalándola con el brazo.

—Nos ofreció repartirlas a partes iguales —añadió Weddcox.

—Les engañó —dijo Mavis.

Se oyó una exclamación de furia. Ciego de cólera, Matt Barleside se precipitó sobre una de las navajas que había en el suelo.

—¡Engañarme a mí! —bramó—. ¡A mí, precisamente!

Al incorporarse, la navaja estaba ya abierta.

—¡Quieto! —chilló Trautner.

Pero Barleside parecía haber enloquecido.

Trautner le golpeó con la pistola, aunque no llegó del todo a tiempo. La hoja de la navaja rasgó la carne del brazo derecho de Lulla, quien se tambaleó después de lanzar un agudo grito.

El detective repitió su golpe. Esta vez, la combinación puño-pistola alcanzó de lleno la mandíbula de Barleside, quien se desplomó como un tronco.

—Llévenselo —ordenó el joven perentoriamente—. Y todos ustedes, váyanse inmediatamente de la casa y no vuelvan a poner los pies en ella.

Mavis sostenía a Lulla, quien parecía próxima a desmayarse. La sangre corría por el brazo hasta la mano y de aquí goteaba al suelo.

Los hombres abandonaron la casa. Trautner se mantuvo vigilantes hasta que vio arrancar las motocicletas.

Por encima del hombro, dijo:

—Mavis, suba a Lulla a uno de los dormitorios. Ahora iré yo a buscar vendas y desinfectante al cuarto de baño.

—Pues si Barleside era su amiguito, poco cariño le demostró cuando quiso apuñalarla.

Lulla se encogió de hombros.

—Ya, qué más da —contestó desanimadamente.

Estaba tendida sobre la cama de Mavis, reclinada sobre una pila de almohadones. Su brazo derecho aparecía en parte cubierto por las vendas que habían contenido la hemorragia.

—La herida no es grave —sonrió Trautner—. Un profundo pinchazo, pero nada más.

—Aunque si le llega a alcanzar de lleno, ahora no lo estaría contando —terció Mavis.

—Sí, Barleside tiró a matar. ¿Por qué tanta crueldad, Lulla?

La joven hizo un gesto de indiferencia.

—Se sintió despedido, imagino —contestó.

—Usted no le había dicho la verdad —manifestó Trautner.

—¿Qué habría hecho usted, en mi caso?

—Demostrar mi verdadera personalidad y rogar al actual ocupante de la casa que la desocupase.

—Tendría que haberle pagado una indemnización y carezco de dinero —respondió Lulla.

—Bueno, pero ¿por qué tardó tanto tiempo en venir a Leeray Tower? —preguntó Mavis.

—¿Cómo podía haber venido antes, si yo misma lo ignoraba? —replicó la pelirroja—. Sólo fue hace un par de semanas, repasando unos documentos antiguos de mi padre, cuando me encontré con un sobre cerrado, que me había pasado desapercibido hasta entonces. Lo abrí y en él encontré un relato que me puso sobre la pista.

—¿Dice ese documento, dónde están las Doce Estrellas? —preguntó Trautner.

—De un modo explícito, no —respondió Lulla—. Sólo habla de que forman un monumento funerario para lord Leeray.

—Pero lord Leeray era su padre —exclamó Mavis.

—El documento se refiere al antepasado que murió asesinado.

—A pesar de todo, el cuerpo de lord Leeray fue enterrado en el cementerio de Farndone, que está al otro lado del pueblo —dijo Trautner—. ¿Por qué había de venir aquí y no al cementerio, que es donde parece lógico se halle ese monumento funerario?

—Porque el documento lo dice así, con toda claridad, si es que

se puede hablar de claridad en este caso: hay un monumento funerario en Leeray Tower.

Mavis miró a Trautner.

—En el salón hay un gran retrato de lord Leeray, Harry. El marco está muy viejo y comido por la polilla.

—Ése no puede ser el monumento —rezongó el detective.

Hubo un momento de silencio. Trautner consultó su reloj.

—El día ha sido un poco movido —dijo a poco—. Mavis, es preciso preparar algo de comida para Lulla. Son las ocho y media de la noche y necesita reponer fuerzas.

—De acuerdo. —Mavis dirigió una cálida sonrisa a la pelirroja—. Ojalá encuentre lo que busca, Lulla..., pero no haga más el salvaje.

—Sólo queríamos divertirnos un poco —se disculpó la joven.

—Sí, pero algunos se tomaron su papel demasiado en serio —rezongó Trautner.

El retrato de lord Leeray se hallaba en muy mal estado, sobre todo, el marco, que en algunos puntos parecía a punto de desintegrarse por completo.

Lulla entró en el salón y se sentó en una butaca.

—¿Está contemplando el monumento funerario, sargento?

—Un hombre sumamente interesante —dijo Trautner, aludiendo al personaje retratado.

—Sí, creo que lo era. Mi padre me habló algunas veces de su abuelo. Lo admiraba muchísimo.

—En Farndone tienen otra opinión de él, Lulla.

—Bah, paletos ignorantes y rencorosos. Si el pueblo es algo, se lo deben a lord Leeray. Pero él no tenía la culpa de ser un hombre verdaderamente atractivo y, claro, surgió el tipo celoso y cobarde, que lo asesinó por la espalda.

—¿Lo conoció usted, Lulla?

—No, nunca había estado aquí hasta hoy.

Mavis entró en aquel momento.

—Su cuarto ya está listo, Lulla —anunció—. ¿Cómo se siente?

—Mejor, aunque la herida duele un poco —sonrió la pelirroja.

—Estará curada dentro de unos días —dijo Mavis.

Trautner continuaba contemplando el cuadro.

—¿Le gusta, Harry?

—No miraba precisamente a la obra de arte —respondió el joven—. Me preocupa un marco tan destrozado.

—Las polillas. O tal vez las termitas —sugirió Lulla.

Trautner hizo un gesto negativo.

—Veo un boquete demasiado grande en el ángulo inferior izquierdo —dijo—. Es un orificio que no se puede comparar con los que se aprecian en el resto del marco... el cual, por cierto, es excepcionalmente grueso.

—Lo fue en su estado normal, Harry —corrigió Mavis.

—Sí, es cierto.

—Un monumento funerario —murmuró Trautner—. Vaya una frase para designar al tesoro. Su padre poseía un acusado sentido del humor, Lulla.

Mavis se acercó al cuadro y golpeó el marco con los nudillos. El sonido era inconfundiblemente el de una cosa hueca.

—Todo lo que quieran —dijo—, pero a mí me parece que este marco era un buen escondite para las Doce Estrellas. ¿A quién se le iba a ocurrir buscar una fortuna semejante en tal sitio?

Trautner se pellizcó el labio inferior, con cara de preocupación.

—Es muy posible que haya sido así, pero, en tal caso, no cabe duda de que las Doce Estrellas faltan. Entonces, el problema que se plantea es: ¿Quién se las ha llevado?

Las dos mujeres guardaron silencio. Desde la tela, lord Leeray les contemplaba con irónica sonrisa, como si quisiera burlarse de ellos desde el más allá.

Unos recios pasos sonaron en aquel momento. La puerta de la sala se abrió y Burton Sharkus apareció en el umbral, seguido de dos de sus acólitos.

—Creo que ha llegado ya la hora de que hablemos claro de una vez —dijo Sharkus con su desagradable voz de carraca.

CAPÍTULO XII

Detrás de Sharkus aparecían Ray Mills y Pete Collins, ambos empuñando sendas pistolas provistas de silenciador. Mavis sintió que se le retiraba la sangre del rostro a la vista de las armas.

Sharkus avanzó dos pasos en la estancia.

—Aquí, en Leeray Tower hay algo que me interesa muchísimo —dijo—. Quiero encontrarlo y lo conseguiré, aunque para ello haya de tostarles los pies a los tres.

—Usted está buscando las Doce Estrellas —manifestó Trautner—. ¿Quiere decirme quién le informó de su existencia?

Arriba se oyeron ruidos. Trautner adivinó que los otros compinches de Sharkus estaban buscando el tesoro.

—Fue un tal David Greene —contestó Sharkus—. Se emborrachó un día en mi local y...

—¡Greene! —exclamó Trautner, vivamente sorprendido.

—¿Lo conoce usted?

Trautner se volvió hacia Mavis.

—Se hacía pasar por Haddu Hingh —explicó.

Mavis hizo un gesto de asentimiento.

—De modo que Greene estuvo aquí —dijo Sharkus.

—En efecto. Y murió asesinado.

El Carraca alzó las cejas.

—¡Caramba, qué sorpresa! ¿Quién lo mató?

—Eso es lo que tratamos de averiguar —contestó Trautner.

Sharkus le dirigió una mirada recelosa.

—Tengo la sospecha de que es usted uno de la «poli» —dijo.

—Acertó —sonrió el joven—. Sargento Trautner, División de Homicidios, Policía de Edimburgo.

—Le he visto alguna vez por mi local, pero jamás supuse que perteneciese a la policía.

—Ahora ya lo sabe, Sharkus —dijo Trautner—. Imagino que no

habrá pensado en serio eso que dijo antes de tostarnos las plantas de los pies.

Sharkus vaciló.

—Podríamos establecer un acuerdo —dijo al cabo—. El botín bien vale la pena de un reparto.

Trautner meneó la cabeza.

—No —denegó radicalmente.

Lulla levantó la mano sana.

—¡Aguarde un momento! ¡La dueña de ese tesoro soy yo y puedo hacer con él lo que me plazca!

—Va a tratar con un criminal... —empezó a objetar Trautner, pero Sharkus no le dejó seguir adelante.

—Poco a poco, sargento. Admito que no soy un santo, pero de ahí a considerarme como un criminal va una gran distancia. Además, también puede haber ventajas para ustedes dos, ¿no es cierto, chica?

—Así es —concordó la pelirroja—. ¿Cuál es su proposición, señor Sharkus?

—El cincuenta por ciento por bando. Lulla volvió los ojos hacia Trautner.

—¿Qué le parece, Harry? —consultó. El joven se encogió de hombros.

—En lo que a mí se refiere, no pienso tomar parte en ese arreglo —contestó—. Si usted cede la mitad de lo que es suyo, yo no tengo nada que oponer.

—A mí tampoco me metan en sus cuentas —intervino Mavis—. No soy rica, pero tampoco me gusta ensuciarme las manos con algo de origen más que dudoso.

—Mi padre lo adquirió de buena fe —protestó Lulla.

—Basta —cortó Sharkus—. El trato está hecho. La mitad para usted y la otra mitad para nosotros. Ahora, dígame, ¿dónde están las Doce Estrellas?

—Eso tratamos de averiguar —respondió Lulla.

—Sin haberlo conseguido hasta el momento —añadió Trautner.

Hubo un momento de silencio. Sharkus fue a decir algo, pasados unos momentos, pero, de pronto, se oyó arriba un golpe sordo, como el de un cuerpo humano al caer al suelo.

Todos los presentes levantaron la vista maquinalmente. Habían

pasado apenas unos segundos cuando se oyó un oscuro zumbido y luego el horrendo ruido de un cuerpo al estrellarse contra el suelo del exterior.

Hubo un momento de indecisión. Luego, Sharkus hizo un gesto con la cabeza.

Collins corrió hacia la ventana más próxima y se asomó al exterior. Un grito de alarma brotó inmediatamente de su boca:

—¡Es Duck, jefe! ¡Parece muerto!

Trautner saltó al jardín y se arrodilló junto al cadáver. Sharkus se reunió con él momentos después.

—Es imposible que se haya matado al caer desde tan poca altura —dijo El Carraca.

Trautner volvió el cadáver boca abajo. En el centro de la espalda se veían dos orificios de significado inequívoco.

—No ha muerto del golpe —contradijo.

Sharkus se quedó helado.

—Pero..., no hemos oídos los disparos...

—¿No tenía él una pistola con silenciador, como sus otros dos gorilas?

—¡Rayos! ¿Quiere decir que lo han matado con su propia pistola?

Trautner se puso en pie.

—Exactamente —contestó—. Y el asesino está dentro de la casa. Sharkus sintió que la frente se le cubría de un sudor frío.

—Ben Himminson anda también por arriba...

Trautner echó a correr hacia la puerta. En el momento en que entraba, vio a Himminson que bajaba por la escalera.

Himminson trató de sacar una pistola. Detrás de Trautner sonó la voz de Sharkus con acento imperativo:

—¡Quieto, Ben! ¡El sargento Trautner no quiere hacernos ningún daño!

—¿Has dicho sargento? —exclamó Himminson.

—De la policía de Edimburgo, Brigada de Homicidios —puntualizó una vez más el aludido.

—Entonces..., sabe por qué estamos aquí...

—Así es, señor Himminson —corroboró Trautner.

—Me parece que hemos perdido el tiempo, Burton —se lamentó Himminson—. Arriba no he encontrado yo nada. No sé si Duck

habrá hallado algo interesante...

—Hennan está muerto —dijo el joven.

—Dos balazos. Con su propia pistola —añadió Sharkus lúgubremente.

Himminson se puso lívido.

—Pero yo no he oído nada...

—¿Cómo vas a oír, idiota? La pistola tenía silenciador... — Sharkus se volvió hacia Trautner—. Por cierto, no entiendo cómo pudieron atacarle.

—Sin duda, fue sorprendido y golpeado en la cabeza. Éste fue el primer ruido que escuchamos. Luego, el asesino le quitó la pistola y le pegó dos tiros. Finalmente, lo arrojó al jardín.

La explicación de Trautner era de una lógica aplastante. Sharkus se pasó una mano por la cara.

—Eso significa que el asesino está dentro de la casa —dijo.

—Exactamente —confirmó el joven.

—¡Pero, hombre, haga algo! —gritó Himminson, descompuesto—. Usted es policía...

Trautner se echó a reír.

—No acabo de imaginármelos a los dos pidiendo ayuda a un funcionario policial —dijo sarcásticamente.

Sharkus extendió una mano.

—Escuche, sargento —declaró—. Admito que nuestras intenciones al venir aquí no tenían nada de buenas, pero de ahí a pensar que veíamos dispuestos a liquidar al primero que se nos pusiera por delante, va un abismo.

—Sin embargo, con los amigos de la señora Mac Cass...

—Eso es distinto —dijo Himminson despectivamente—. Odio a esa clase de tipos y nada me gusta más que demostrarles que no son, sino unos cobardes, tanto individual como colectivamente. Además, qué diablos, tenían unas navajas muy respetables...

—Ben, esto no resuelve nuestro conflicto —intervino Sharkus—. El caso es que alguien se ha cargado a Duck, que está dentro de la casa y que tiene una pistola. O resolvemos este problema... o lo resuelve el asesino —concluyó significativamente.

Hubo un momento de silencio. Trautner quebró la pausa:

—Sólo hay una solución: registrar la casa, desde el tejado al sótano —afirmó.

CAPÍTULO XIII

Una hora más tarde, Trautner regresó al salón.

—Nada —dijo, respondiendo a la pregunta que Mavis le hizo con los ojos.

Los pies de Collins se restregaron con fuerza contra el suelo.

—Empiezo a ponerme nervioso —dijo.

Mavis consultó su reloj. Había pasado ya la media noche.

—Me estoy cayendo de sueño —bostezó Lulla.

—Yo no podría dormir ni por todo el oro del mundo —dijo Mavis aprensivamente.

Ray Mills también se había unido a la búsqueda y se hallaba fuera del salón en aquellos momentos. Himminson llegó desalentado, se dirigió al aparador y se sirvió una copa.

—Se lo ha tragado la tierra —dijo lúgubrementemente, refiriéndose al asesino.

Sharkus entró a los pocos minutos.

—Nada —murmuró.

—Se habrá escapado —apuntó Collins.

—Puede, pero ¿por qué mató a Duck? —preguntó Himminson.

—Hombre, para disponer de un arma —gruñó Sharkus.

—Si no fuese porque Hennan murió de dos balazos, diría que lo asesinó el fantasma de lord Leeray —dijo Trautner.

—No hable de fantasmas ahora —se estremeció Collins—. Me dan un miedo espantoso.

—A lo mejor se ha llevado a su amigo Ray Mills —sonrió el joven.

—¡Mills! —exclamó Sharkus de repente—. ¿Dónde diablos se ha metido?

Los rufianes cambiaron entre sí miradas de aprensión.

—¿Lo has visto tú, Collins?

—No, jefe. Quizá el señor Himminson...

—Tampoco —contestó el aludido—. Entramos juntos en el ático y salimos también juntos, pero luego nos separamos...

Collins se puso a temblar.

—Espe... espe... pero que... no le haya... haya pasado nada al pobre Ray... —tartamudeó.

—Eso se puede averiguar ahora mismo —dijo Sharkus resueltamente.

Y se lanzó fuera de la estancia.

—¡Aguarde! —gritó Trautner—. ¡Yo iré con usted!

Los dos hombres corrieron juntos hacia el piso superior. Llegaron al pasillo y se asomaron a la escalera que conducía al ático.

El silencio era absoluto. Trautner sacó su pistola y quitó el seguro.

Un extraño ruido se oyó de repente. Parecía el chirrido de una puerta con las bisagras faltas de lubricación.

Una silla de ruedas apareció de pronto por la puerta que daba al ático, deslizándose lentamente por el suelo. Los ejes carentes de grasa de las ruedas producían aquel estremecedor sonido.

Había un hombre sentado en la silla, con los brazos apoyados negligentemente en ella. La silla alcanzó el primer peldaño y se inclinó hacia delante.

Mills fue despedido y rodó por la escalera estrepitosamente, junto con la silla. Los dos hombres se vieron obligados a saltar a un lado para evitar recibir algún golpe.

El pistolero quedó al fin inmóvil sobre el suelo del pasillo. Estaba boca abajo y ello permitió ver los dos sangrientos orificios que tenía en el centro de su espalda.

El arma homicida no apareció. Era fácil adivinar que Mills había sido asesinado de la misma manera que su compinche Duck Hennen.

Trautner se sintió momentáneamente desconcertado. Luego, reaccionando, corrió hacia el ático.

Encendió las luces. Una de las ventanas tipo buhardilla estaba abierta.

El joven se asomó con grandes precauciones. Una larga cuerda, con nudos a trechos regulares, que llegaba hasta el suelo del jardín, le indicó la vía de escape que había seguido el asesino para

desaparecer del lugar de su crimen.

Himminson estaba lívido de espanto.

—Yo me voy de aquí —anunció al conocer la terrible noticia.

—Le acompaño —dijo Collins escuetamente—. Esto es demasiado para mí.

—Hay un cuarto de millón —gritó Sharkus, pero Himminson le interrumpió bruscamente.

—El dinero no me sirve en el cementerio —exclamó—. Tienes razón, Pete —se dirigió a Collins—; lo mejor que podemos hacer es largarnos de aquí.

—¿A pie y durante la noche? —dijo Trautner.

Himminson dudó un momento. Collins le sacó de apuros casi inmediatamente.

—Tenemos un vehículo —exclamó con gran alborozo—. La motocicleta de la señora Mac Cass...

Lulla se puso en pie para protestar.

—No lo consentiré...

Himminson la apuntó con su pistola.

—Se la dejaremos en Farndone y allí alquilaremos un taxi —dijo—. Pero nos la llevamos, eso está resuelto.

—Yo la sé manejar perfectamente —aseguró Collins—. Vámonos pronto, señor Himminson.

El aludido volvió los ojos hacia Sharkus.

—Tú te quedas, ¿verdad?

El Carraca hizo un signo de asentimiento.

—No me gustan los tipos que matan a mis empleados por puro capricho —contestó de mal talante—. Y en cuanto me lo eche a la cara...

—Haz lo que quieras, Burton. Vámonos ya, Peter.

Los dos hombres corrieron hacia la salida. Trautner se asomó a la ventana.

Collins cabalgó sobre la motocicleta y golpeó con el pie el pedal de puesta en marcha. Himminson se puso a horcajadas sobre el sillón posterior.

La moto arrancó con gran estrépito. Había recorrido apenas cincuenta metros cuando, de súbito, se vio brotar una gran llamarada.

El vehículo saltó en mil pedazos, con sus ocupantes. La mayor

parte de los cristales de la casa volaron, rotos por la potencia de la onda explosiva. Las mujeres chillaron agudamente.

Trautner apartó la vista para no contemplar el horrible espectáculo de aquellos cuerpos destrozados. Sharkus temblaba convulsivamente.

Un gran silencio sucedió al fragor de la explosión. Trautner empezó a reaccionar.

Mavis también se rehízo.

—Hay que avisar a las autoridades —exclamó, a la vez que se precipitaba hacia el teléfono.

—No se moleste, señorita —dijo El Carraca amargamente—. Nosotros lo cortamos antes de volver a la casa.

—Un corte tiene fácil arreglo —alegó Lulla.

Sharkus hizo un signo negativo.

—No cuando se quitan veinte metros de cable y se tiran Juego el diablo sabe adónde —contestó—. El único que podría decirnos dónde está ese trozo de cable acaba de morir hace unos instantes.

Trautner terminó de cubrir los cadáveres con sus mantas y regresó a la casa.

—Harry, ¿cómo se produjo la explosión? —preguntó Mavis, mientras servía té en las tazas que acababa de disponer.

—Dinamita, claro —contestó el detective.

—Ella quiere saber cómo explotó —dijo Sharkus.

—Para mí, no hay más que una solución: el tubo de escape.

Lulla le miró pasmada.

—¿El tubo de escape? —repitió.

—Sí. El asesino colocó allí un cartucho, provisto de su correspondiente mecha, la cual se inflamó cuando el motor se puso en marcha y empezaron a salir los gases calientes procedentes de la combustión de la gasolina. O tal vez no hizo siquiera falta la mecha y los gases bastaron para provocar la explosión.

Lulla se estremeció.

—Pude haber muerto —dijo, aterrada—. Si llego a usar la moto...

—De no haber estado herida, tal vez —convino Trautner—. Aunque, en mi opinión, lo que el asesino pretendía no era eliminar a tal o cual persona determinada, sino, simplemente, suprimir un medio de transporte.

—El no quiere que avisemos a las autoridades de Farndone —dijo Mavis.

—El pueblo, a fin de cuentas, no está tan lejos —gruñó Sharkus.

—No, sólo a un par de kilómetros, pero... ¿se atrevería usted a ir, solo y en noche cerrada?

Sharkus se puso pálido.

—¡Diablos! Puede estar acechando en una revuelta del camino —exclamó.

—¿Sabemos si no nos está acechando ahora?

Sharkus desenfundó una pistola de pavorosas dimensiones y se retiró hasta apoyar la espalda en una de las paredes.

—Si le veo asomar, lo partiré por la mitad —dijo amenazadoramente.

—Lo mejor será que guarde el arma —aconsejó Trautner—. Mills y Hennan murieron sin enterarse de que habían sido atacados.

—Quizá nos esté vigilando en estos momentos —sugirió Mavis.

Sharkus sudaba copiosamente y miraba a todas partes con ojos extraviados.

—Como le vea asomar, aunque sea un solo ojo... —masculó.

—¿Cree que se va a dejar ver? —dijo Lulla—. Está por ahí, agazapado, esperando el momento de asestar su siguiente golpe, ansioso de verter la sangre de una nueva víctima...

—¡Lulla, por Dios! —gritó Mavis, estremecida de pavor.

—Lulla ha hablado bien, aunque lo que nos conviene en estos momentos es no perder la calma —dijo Trautner sensatamente.

—Tendríamos que hacer algo para localizarle —sugirió Sharkus.

—Leeray Tower es grande —alegó el detective—. Además, no sabemos si está en el exterior.

—¿Y hemos de esperar a que descargue otro nuevo golpe?

Trautner suspiró.

—Por el momento, temo que no nos queda otro remedio —contestó.

Hubo un momento de silencio. Mavis fijó la vista en el retrato de lord Leeray.

—Tú tienes la culpa de todo —le apostrofó.

Trautner sonrió.

—Hasta cierto punto —dijo.

—Si no se hubiera apoderado de las Doce Estrellas...

—Fue una compra de buena fe, a un vendedor ilegal —terció Lulla.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Trautner.

—Me lo dijo mi madre, hará unos tres años. A mi padre, naturalmente, no le hizo ninguna gracia tener que devolver su compra por la que, además, había pagado un precio muy elevado. Por eso vino aquí a esconder las Doce Estrellas.

—¿Y su madre no le dijo dónde estaban?

Lulla se encogió de hombros.

—A ella era un asunto que le dejaba indiferente —contestó.

—¿Y a usted?

Los ojos de la pelirroja fulguraron.

—Hay cosas que no se debieran decir, pero, sin embargo, conviene ser hechas públicas —respondió—. Nunca tuve una excesiva simpatía hacía mis padres.

Trautner arqueó las cejas. Mavis preguntó:

—¿Por qué, Lulla?

—Me abandonaron desde muy pequeña..., es decir, me internaron en un colegio y se despreocuparon de mí en absoluto. Oh, naturalmente, pagaban todos mis gastos, ¿cómo no? Pero jamás se les ocurrió llevarme con ellos durante mis vacaciones. Sólo querían divertirse, vivir su vida, viajar por todo el mundo... En suma, yo era un estorbo para ellos. No, no les tenía ninguna simpatía.

La joven apretó los labios.

—Ni siquiera asistieron a mi boda —añadió—. Se limitaron a enviarme un cheque y un telegrama de felicitación. Eran ferozmente egoístas; vivían de un modo absoluto para ellos solos y sus diversiones. Crean que la noticia de su muerte no me quitó el sueño en ningún momento.

—Usted era su heredera. ¿Por qué no se presentó a reclamar la herencia? —preguntó Trautner, que en su fuero interno comprendía perfectamente los motivos de Lulla.

—Lo que he dado antes es mi respuesta. No quería nada que proviniera de ellos..., pero, a veces, una tiene que tragarse el orgullo. Estaba sin dinero, eso es todo. Tuve mala suerte en mi matrimonio y...

Lulla guardó silencio. Tenía las facciones contraídas y sus ojos

estaban humedecidos por las lágrimas.

Mavis la compadeció vivamente. Acercándose a ella, rodeó sus hombros con un brazo y dijo:

—Eres joven, Lulla. Todavía tienes tiempo de rehacer tu vida con un hombre serio y formal que te quiera. Olvidarás todo esto, te lo seguro.

Lulla la miró emocionada.

—¿Tú crees, Mavis? —preguntó.

Mavis hizo un signo de asentimiento. Trautner carraspeó:

—¡Ejem, ejem! ¿Qué tal si volviéramos de nuevo al tema principal de nuestra forzosa reunión?

—¿Las Doce Estrellas, Harry? —preguntó Mavis.

—Exactamente.

—Sobre eso, está dicho todo —gruñó Sharkus—. Ahora, lo que más interesa es encontrar al asesino.

—Me gustaría más encontrar antes las Doce Estrellas —manifestó Trautner.

—¿Por qué, sargento? —preguntó Lulla.

—El asesino se dejaría ver. A fin de cuentas, todos sabemos lo que busca.

—Y quiere conseguirlo eliminando a la competencia —se lamentó El Carraca.

Lulla fijó la vista en el cuadro.

—¿Por qué no hablas, abuelo? —gritó—. Tuviste que ver dónde escondió tu hijo ese maldito tesoro. ¡Anda, dinos de una vez donde está!

Pero, naturalmente, el retrato permaneció silencioso.

CAPÍTULO XIV

Trautner consultó su reloj. Pasaban ya de las tres de la madrugada.

Sharkus estaba sentado en una silla, situada en un rincón de la estancia, rígido, erecto, con la pistola en las manos. Mavis y Lulla dormitaban en un diván.

El silencio era absoluto. Trautner se dijo si sería conveniente intentar un rápido viaje al pueblo.

En Farndone había teléfonos. Pero ¿qué conseguiría con ello?

—El asesino está aquí, acechándonos pacientemente —calculó—. Ahora, tal vez no quiera hacernos nada. Sólo espera a que encontremos el tesoro y entonces será cuando se deje ver.

O también podía matarles a los cuatro y escapar con el fabuloso botín de un cuarto de millón. Había que considerar los dos revólveres que había capturado, de cuyas doce balas había gastado solamente ocho. Suficientes para liquidarlos a todos, pensó.

De repente, creyó escuchar un crujido en la casa.

El ruido parecía provenir de la cocina. Sharkus lo oyó también y sus miembros se atirantaron.

Trautner cambió una mirada con el individuo.

—Quédese donde está —bisbiseó.

Sharkus hizo un gesto de asentimiento. Trautner se acercó a la puerta y la abrió suavemente.

Se oyó un leve ruidito metálico. Provenía de la cocina y parecía como si alguien hubiese movido un cacharro.

Trautner corrió hacia la cocina. Abrió con la mano izquierda, guareciéndose prudentemente a un lado de la puerta y asomó la cabeza.

La luz estaba encendida, pero la cocina se hallaba desierta. La puerta trasera estaba entreabierta.

Trautner comprendió que el asesino había escapado por allí.

—No iba a ser tan tonto de encerrarse en el sótano, cortándose a sí mismo la escapatoria —calculó.

La cocina aparecía en condiciones normales. Trautner recorrió con la vista hasta los menores rincones.

¿A qué había ido el asesino allí?

—Tal vez tenía ganas de echarse un trago... o quizá vino a preparar una trampa.

¿Una trampa?

¿Veneno en el té o en el café?

Trautner destapó los botes correspondientes y olisqueó su contenido, que le pareció normal. De pronto, oyó la voz de Mavis a sus espaldas:

—¿Quiere que le haga café, Harry?

El joven se sobresaltó ligeramente.

—No vine aquí con esa intención —contestó.

Mavis sonrió.

—Bueno, acercar una cerilla al horno cuesta poco —dijo, a la vez que avanzaba hacia la cocina—. Mire, incluso la cafetera está ya sobre el hornillo.

Mavis buscó las cerillas. De pronto, se quedó inmóvil, con la vista fija en la cafetera.

—¡Qué raro! —exclamó—. Juraría que yo la dejé vacía... y ahora está llena de agua.

Aquellas palabras llenaron de alarma a Trautner. Mavis se encogió de hombros y prendió un fósforo.

—Tal vez esté equivocada —dijo—. Han pasado tantas cosas esta noche, que ya no sé ni dónde tengo la cabeza.

—¡Espere! —gritó Trautner de pronto.

Ella se volvió y lo miró extrañada.

—Pero, Harry, sólo quiero hacer un poco de café...

Trautner sopló sobre la cerilla.

—Aguarde un momento —insistió.

Mavis se sintió tremendamente intrigada. Trautner apartó la cafetera a un lado y empezó a hurgar en la cocina.

Dentro del horno encontró dos cartuchos de dinamita. Mavis sintió que todo le daba vueltas.

—Me mareo... —dijo débilmente.

Trautner la sostuvo por un brazo.

—Hemos tenido suerte —dijo. El horno estaba ya conectado y llenándose de gas, que se hubiera inflamado al encender usted uno de los otros fuegos.

Cerró las llaves y apartó a la muchacha de la cocina. Mavis temblaba convulsivamente.

—He estado a punto de morir hecha pedazos...

—Volvamos al salón; allí estamos más seguros —aconsejó él, sujetándola por un brazo.

Mavis accedió de inmediato. Caminó torpemente un poco, pero, enseguida, empezó a recuperarse.

Entraron en el salón. Lulla había terminado por tumbarse en el diván y dormía apaciblemente.

Sharkus estaba sentado en el mismo sitio y tenía la cabeza doblada sobre el pecho.

—No sé cómo pueden dormir en estas condiciones —dijo Mavis—. Yo no podría conciliar el sueño ni aunque me pagasen todo el oro del mundo.

—Es una especie de autodefensa contra las emociones exteriores —explicó Trautner—. De este modo, la persona se aísla de pensamientos perturbadores del equilibrio mental.

—Sí, es probable —admitió ella.

La pistola se escurrió de repente de la mano de Sharkus al suelo. El ruido que hizo sobresaltó a la pareja.

—¡Eh, Carraca! —gritó Trautner—. Se le ha caído el arma...

Sharkus no contestó. Continuaba en la misma posición.

—Es extraño —murmuró Mavis.

La voz de Trautner despertó a Lulla.

—¿Qué sucede? —exclamó.

Trautner se acercó al maleante. Sólo entonces se dio cuenta del redondo agujerito que, casi tapado por la chaqueta, aparecía en el centro de la blanca camisa de Sharkus.

El joven inspiró profundamente. Puso una mano en la mejilla de Sharkus y este gesto fue suficiente para que el cuerpo de El Carraca se deslizara hasta el suelo.

—¡No pierdan la calma! —gritó Trautner—. Manténganse serenas...

—¡Ese salvaje quiere asesinarlos! —dijo Lulla, descompuestamente.

—Todavía estamos con vida —contestó Trautner—. Escuchen un momento las dos: voy a llevarlas a uno de los dormitorios superiores. Ustedes se cerrarán allí con llave y no se moverán hasta que yo lo ordene. ¿Está claro? Entonces, no perdamos más tiempo. ¡Vamos!

Las dos muchachas abandonaron el salón. Mavis evitó mirar el bulto que hacía el cadáver de Sharkus, cubierto con una manta.

—Lo asesinó mientras yo dormía apaciblemente... —se lamentó Lulla.

—Y como usó silenciador, ni usted ni nosotros nos alteramos siquiera del disparo.

—Pero ¿por qué no me mató a mí también?

—El asesino hizo fuego desde la ventana. Usted estaba tendida sobre el diván, cuyo respaldo le ocultaba a su vista. En cambio, Sharkus eligió una mala posición, pese a lo que pudiera creer en contra.

La explicación no podía ser más sensata. Mavis y Lulla la dieron por buena.

Momentos después, quedaban encerradas en el dormitorio de Mavis. Acto seguido, Trautner descendió a la planta baja y empezó a moverse de un lado para otro, procurando hacer bastante ruido.

Había un despacho en planta baja. Trautner entró, empezó a revolver todo, sin preocuparse del ruido que armaba ni de la forma en que quedaban muebles y objetos. Así estuvo casi media hora, incluso hurgando en los libros de las estanterías.

Una sonrisa de satisfacción apareció de pronto en su rostro. Sacó un pañuelo y envolvió algo en él, atando luego las cuatro puntas.

Inmediatamente, se dirigió a la carrera hacia el piso superior.

—¡Mavis! ¡Lulla! —gritó—. ¡Ya lo he encontrado!

—¿Oyes, Lulla? —dijo Mavis en el dormitorio.

Los ojos de la pelirroja centellearon.

—¡Ha encontrado las Doce Estrellas! —gritó.

La puerta del dormitorio se abrió en aquel momento: Trautner levantó la mano derecha y enseñó el pañuelo:

—¡Aquí están! —dijo, lleno de satisfacción.

—¿Puedo verlas? —preguntó Mavis.

—Por supuesto —accedió él. Soltó un par de puntas del pañuelo y lo sujetó con ambas manos—. ¿No les parecen maravillosas?

Mavis y Lulla se quedaron sin aliento. Mavis miraba a Trautner con la boca abierta.

—Sí..., sí..., son mara... maravillosas... Al verlas... se queda una sin habla. ¿No es verdad, Lulla?

—Tienes razón, Mavis. Ver esto corta la respiración, pero ¿qué haremos ahora? —preguntó Lulla.

—Nos iremos inmediatamente al pueblo —decidió Trautner—. En cuanto a las Doce Estrellas, naturalmente, son tuyas, Lulla.

—Gracias, Harry. Cuando las venda, le daré una buena recompensa... un buen regalo de bodas.

—Soy soltero, Lulla.

—Si estuviese casado, el regalo sería distinto —sonrió Lulla—. ¿Nos vamos ya?

—Sí, andando.

Abandonaron el dormitorio. Trautner llevaba en la mano el pañuelo que contenía el tesoro.

Un hombre que empuñaba una pistola les salió al paso en la planta baja.

—Creo que eso me pertenece —dijo Peter Johnson, el dueño de la Hostería del Ganso.

CAPÍTULO XV

Trautner contempló serenamente el revólver que Johnson empuñaba con mano firme. El silenciador que se veía al extremo del cañón indicaba sobradamente su procedencia.

—Creí que no se daría a ver nunca —dijo Trautner serenamente.

—¿Cómo? ¿Sabía usted que era él? —se extrañó Mavis.

—Lo sospechaba.

Johnson enarcó las cejas.

—¿Qué le hizo sospechar de mí? —preguntó.

—Simplemente, que es el asesino de lord Leeray.

—No se sabe quién lo mató...

—Fue usted, Johnson —acusó Trautner fríamente—. Lord Leeray revoloteaba en torno a su esposa, a quien no parecían disgustarle aquellos galanteos. Usted decidió cortar por lo sano y se emboscó, disparándole luego con una escopeta.

—¡Pero esto no tiene nada que ver con las Doce Estrellas! —exclamó Lulla.

—Entonces no tuvo nada que ver. Ahora sí hay relación entre ambos sucesos. Su esposa le abandonó después del asesinato de lord Leeray, ¿verdad?

Johnson apretó los labios.

—Se escapó, temiendo ser asesinada también —continuó Trautner—. Pero más tarde volvió a Farndone, si bien conservando su apellido de soltera. No obstante, los años habían pasado y usted decidió olvidar los devaneos de Mabel Dickens.

Mavis se sintió pasmada.

—¡La señora Dickens es...!

—La misma —confirmó Trautner—. He tenido que investigar mucho, naturalmente —añadió.

—Pero yo no supe nunca nada...

—Usted vino directamente a Leeray Tower —dijo el joven—. No

estuvo en la Hostería del Ganso ni vio jamás a Johnson..., salvo cuando le amenazaba con la escopeta, para hacerle abandonar la casa. ¿Me equivoco?

—Desde luego, todo eso es cierto —admitió Mavis.

—Querían forzarla a abandonar Leeray Tower, simplemente. Por eso organizaron esos «jueguecitos», incluido el supuesto asesinato en el ático, que no fue tal, sino una hábil puesta en escena.

—Pero luego desapareció la mancha de sangre.

—Con la misma facilidad que había aparecido. Un chorro de aire caliente durante un rato y luego pintura blanca, aplicada con vaporizador. Usted estaba dormida, Mavis.

—Desmayada —puntualizó ella.

—No. Dormida. Narcotizada, seguramente. Sin duda, insuflaron algún gas en la habitación, ¿no es cierto, Johnson?

El hostelero hizo un gesto de asentimiento.

—Pero usted no se marchó, Mavis —siguió Trautner—. Luego empezaron a complicarse las cosas. Vino David Greene, bajo el alias de Haddu Hingh, quien también buscaba las Doce Estrellas. Podía ser un rival peligroso y fue eliminado. Greene, lo he investigado, fue marinero del yate en la época en que el padre de Lulla consiguió las Doce Estrellas. Las buscaba, claro, pero encontró otra cosa muy distinta.

—Un puñal —dijo Lulla.

—Exactamente. Después apareció Brad Edding, amigo de Greene y a quien éste, seguramente, había confiado el secreto. Los hermanos Pittayn le interceptaron en el camino.

—Bueno —resopló Lulla—, por lo visto, era un secreto a voces.

—Salvo por el lugar donde están escondidas esas estrellas de sangre, había mucha gente que lo sabía. Angus y Linus Pittayn sabían que Greene había estado al servicio de su padre y, a fin de cuentas, no hemos de echar en saco roto que eran oficialmente investigadores privados, nada malos, ésta es la verdad.

—Dice que nada malos y estuvieron a punto de darme un disgusto —se indignó Mavis.

—Yo me refería a su talante profesional. Eran buenos investigadores como tales, pero aprovechaban sus informes de una manera muy poco correcta en ocasiones, lo cual les costó más de un disgusto.

—En suma, carecían de moral.

—Exactamente.

—Pero ¿quién los mató?

—Está delante de usted, Mavis —contestó Trautner—. Cuando registremos la hostería, encontraremos una metralleta, recuerdo de sus tiempos de comando en la última guerra, ¿no es cierto, Johnson?

El posadero asintió hoscamente.

—Será mejor que me entregue las joyas —dijo.

Trautner sonrió, mientras contemplaba el pañuelo que tenía en la mano.

—Aguarde un momento —rogó—. ¿Dónde está su mujer?

—Aquí —contestó la señora Dickens, apareciendo súbitamente en el vestíbulo.

Mavis observó que la mujer también llevaba un revólver idéntico al de su esposo.

—Ahora me explico las apariciones y desapariciones del ataúd —dijo.

—Sí, lo hice yo —admitió Mabel Dickens—. Pero usted no se marchaba ni a tiros...

—Es un poco terca —sonrió Trautner.

—Nosotros lo somos más y hemos conseguido al fin el botín.

—Sí, es probable —admitió el joven tranquilamente. Miró a Johnson—. Buena idea la de la dinamita. También quiso eliminarnos a algunos de nosotros, ¿no es cierto?

—Me parece que estamos hablando de más —contestó el posadero sin abandonar su tono desabrido—. ¿Por qué no me entrega de una vez las joyas? ¿O es que quiere que se las quite a su cadáver?

—Espere, hombre; a fin de cuentas, pronto le daré el pañuelo con su contenido. Pero todavía faltan aclarar algunas cosas. Por ejemplo, ¿cómo se enteró de la existencia de las joyas?

—En su época, fue un asunto que hizo algo de ruido.

A mí me llamó la atención por ver implicado a un Leeray en lo que se decía un robo. Luego, más adelante, lord Leeray vino aquí, cosa harto desacostumbrada, y ello me chocó. Al cabo de un tiempo, relacioné este viaje con el asunto de las Doce Estrellas.

—Y empezó a buscar, pero sin fruto, a pesar de ser ayudado por

su esposa.

—Así es. Las quería para mí. El otro lord Leeray me hizo mucho daño. ¿No le parece que era una compensación por todo lo que pasé?

—Lo que pasó fueron poco menos que ilusiones tuyas y, además, han transcurrido ya treinta largos años desde entonces.

—Lo cual me concede la prescripción de aquel delito —rió Johnson.

—Pero no de las otras muertes cometidas en pocas horas.

—Peter —intervino la señora Dickens—, creo que estamos hablando demasiado. Las joyas, vamos ya.

Johnson alargó la mano izquierda.

—Ya lo ha oído, sargento —exigió.

Trautner lanzó el pañuelo, que Johnson atrapó al vuelo. El posadero hizo saltar las joyas en su mano, mano, mientras sonreía satisfecho.

—Abandonaré el país —dijo—. Esto me ha convertido en un hombre rico... ¡y libre!

Inesperadamente, sin mediar una sola palabra, se volvió hacia la señora Dickens y disparó tres veces. Mabel lanzó un agudo grito, giró en redondo y se desplomó de bruces al suelo.

Mavis se puso ambas manos en la cara. Lulla cerró los ojos.

Trautner procuró conservar la calma.

—De modo que ahora se considera libre, Johnson —dijo.

El posadero sonrió torvamente.

—Esa estúpida se creyó siempre que yo iba a repartir el botín con ella —dijo con acento despectivo.

Trautner meneó la cabeza.

—Johnson, de todos los crímenes inútiles que ha cometido, el asesinato de su esposa es el más inútil de todos. Lo que hay en el pañuelo no son joyas, sino unos pequeños guijarros que recogí hace poco en el jardín de la casa.

El posadero se quedó atónito.

—¡Miente! —gritó—. Trata de distraerme...

—Compruébelo usted mismo —insistió Trautner serenamente—. Lo crea o no, las Doce Estrellas siguen sin aparecer.

Hubo un momento de silencio. Luego, bruscamente, Johnson se llevó el pañuelo a la boca y lo rasgó con los dientes.

Varias piedrecitas cayeron al suelo, rebotando con sonoro tamborileo. Los ojos de Johnson expresaron un furor sin límites.

—¡Me ha engañado! —aulló.

Y apuntó con el arma a Trautner, pero al apretar el gatillo, el percutor golpeó una cápsula vacía.

—Ha gastado demasiadas balas —dijo el joven serenamente—. Para más exactitud, dos de más en su esposa.

Johnson se abalanzó sobre el otro revólver, que yacía en el suelo, pero ya era tarde. Instantes después, un par de esposas le cortaban toda capacidad de reacción.

—Sí —dijo Trautner sin perder la calma—, la muerte de lord Leeray habrá prescrito, pero no la de su esposa. De los otros asesinatos, tal vez podría tener escapatoria por falta de testimonios directos, pero aquí somos tres personas las que le hemos visto matar a Mabel Dickens.

Se volvió hacia las dos jóvenes.

—Gracias por haber comprendido mis intenciones al enseñarles los guijarros —añadió—. Entonces no me atreví a hablar, temiendo ser escuchado, pero ustedes supieron colaborar conmigo estupendamente.

Empujó a su prisionero hacia la puerta.

—Y pensar que realmente vine a Farndone a pescar —suspiró.

—Yo sé lo que ha pescado de verdad —dijo Lulla con una risita.

Mavis se puso colorada hasta las orejas.

—Y ofrecí la mitad de las joyas para librarles a ustedes de todo daño —manifestó Lulla—. Pero el caso es que ignorarnos todavía dónde están.

—Tu padre las encendió demasiado bien —dijo Mavis.

Lulla meneó la cabeza.

—Algún día aparecerán —contestó—. En fin, algún dinero sacaré de la casa, si es que alguien quiere comprarla con su sangriento historial.

—Es vieja ya. Se puede demoler y edificar otra, y no olvides tampoco que los terrenos tienen su valor.

—Sí, eso es cierto. —Lulla se quedó muy pensativa—. Mi idea de llegar aquí con el grupo salvaje no dio resultados.

—En cierto modo, no era mala idea, sólo que algunos de tus acompañantes se lo tomaron demasiado en serio —rió Mavis.

Un fuerte graznido se oyó en aquel momento. Ya amanecía.

Mavis se volvió hacia la ventana, sobre cuyo antepecho aparecía posada la urraca.

—Este bicho ha tomado demasiado cariño a la casa —dijo.

En aquel momento, notó en sus pupilas el destello de algo que reflejaba con fuerza los rayos del sol naciente.

Una súbita sospecha hirió su mente. Volvió la vista hacia el cuadro y contempló los destrozos del marco.

—Esos agujeros no están hechos por polillas ni termitas —murmuró.

Volvió a mirar hacia el lugar de donde llegaban los destellos. De repente, obedeciendo a una singular inspiración, echó a correr hacia la puerta.

—¡Ven, sígueme, Lulla!

Las dos chicas salieron de la casa. Mavis corrió hacia el gran álamo y se abrazó al tronco.

—De pequeña sabía trepar muy bien a los árboles —dijo.

Momentos después, estaba a horcajadas sobre una rama.

—¡El nido de la urraca está aquí! —gritó—. Lulla prepárate; tu falda servirá muy bien para el caso.

Lulla levantó el halda de su vestido con dos manos. Un objeto de color rojo vivo cayó de lo alto.

Era un enorme rubí, de casi cinco centímetros de grosor, tallado en forma de estrella, si bien la talla resultaba algo burda. Once gemas siguieron a la primera.

—La urraca debió de ver el primer rubí asomando tal vez por algún agujero abierto en el marco por los insectos —explicó Mavis momentos después, ya en el suelo—. Luego continuaría buscando... Ya sabes que a esos pájaros les atraen mucho los objetos brillantes.

Lulla asintió.

—Me has convertido en una mujer rica —dijo.

—Las Doce Estrellas no tienen un origen muy limpio. Fueron robadas de un templo hindú, aunque no por tu padre. Pero quizá te paguen una buena recompensa por su devolución.

—Sí, es probable —admitió Lulla—. De todas formas, pienso hacerte un buen regalo de bodas, Mavis.

—¡Pero si ni siquiera tengo novio!

Lulla sonrió maliciosamente.

—¿De veras? Mira, ahí viene en un coche. Dentro de un día o dos me darás la razón, Mavis. O quizá antes.

Mavis volvió la cabeza. Un coche se divisaba a lo lejos, acercándose rápidamente a Leeray Tower.

—Harry viene a terminar los trámites del caso —dijo Lulla. Lanzó una risita—. Estoy segura de que tú eres el último, Mavis.

La joven se echó a reír.

—¿Sabes? —contestó—. Empiezo a pensar igual que tú, Lulla.

FIN

en

25.000 PALABRAS

CONOZCA EN 25.000 PALABRAS LOS MAS IMPORTANTES TEMAS QUE APASIONAN AL HOMBRE DE HOY.

- 1.- LOS GRANDES MITOS de P. Hernández
- 2.- EL CUERPO HUMANO de A. Sanz
- 3.- LAS CRUZADAS de H. Laming
- 4.- EL MAR de T. Marlin
- 5.- LAS RELIGIONES de R. Coppel
- 6.- LA TELEPATIA de L. Sureda
- 7.- LAS HEREJIAS de M. Bonilla
- 8.- LA ENERGIA NUCLEAR de G. Gallien
- 9.- LA ESCLAVITUD de M. Senin
- 10.- LAS DOCTRINAS FILOSOFICAS de R. Gautier
- 11.- LA PENA DE MUERTE de J. Mas
- 12.- LA VIDA DE JESUCRISTO de C. Alcalde

Precio
10 PTAS.



Impreso en España
Printed in Spain

EDITORIAL BRUGUERA S.A.

Mora la Nueva, 2 Barcelona (6) (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

